

7518

¿SE PUEDE?...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARCO.

Representada por primera vez, con extraordinario aplauso, en el
TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid, el 30 de Octubre de 1880.



MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS,
calle de Sombrerería, 6.

1880.

Doña Lucrecia
PERSONAJES.

ACTORES.

<i>Ventura</i>	TOMASA.....	D. ^a DOLORES FERNANDEZ.
<i>Benigno Salido</i>	CÁRMEN.....	» MARÍA ÁLVAREZ TUBAU.
<i>Leocadia Piva</i>	JUANA.....	» BLANCA PASTOR.
<i>Rafael Mora</i>	MANUEL.....	D. EMILIO MARIO.
<i>Enrique Arque</i>	VALENTIN.....	» RAMON ROSELL.
<i>Ant. Pozo</i>	EDUARDO.....	» JUAN REIG.

La accion se supone en Madrid y en casa de
Manuel.—Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los que se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion lírico-dramática titulada EL TEATRO, de los señores hijos de Gullon, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

AL EXCMO. SR.

DON RAMON DE CAMPOAMOR.

*¿SE PUEDE?... Un instante
nada más para reiterar á V. lo
mucho que le quiere y admira
su obligado é invariable amigo*

JOSÉ MARCO.

Madrid 31 Octubre de 1880.

ACTO PRIMERO.

ESTEBAN MORÁN

RANHERO

LEON

Cuarto de vestir de Manuel; al fondo el dormitorio, y junto á él un biombo. A la derecha, dos puertas; á la izquierda, un armario, un lavabo y un page.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL.

(Al levantarse el telon, aparece Manuel por el fondo con pantuflas y batin.)

Pues señor, hoy he encontrado
más frio el baño que ayer.
¡Las diez y media! Las sábanas
se me pegaron tambien.
¡Qué incorregible pereza!
Y no me enfada porque
la necesidad me obligue,
como á un mozo de cordel,
á levantarme temprano;
me enfada por mi mujer,
que madruga más que yo,
acaba ántes su *toilette*,
y aunque ella nada me dice
cuando yo la voy á ver,
conozco que lo que pasa
pasar debiera al revés. (Haciendo sonar el timbre.)
Vamos á ganar el tiempo...
dormido. (Disponiendo el page para afeitarse.)

ESCENA II.

Dicho y JUANA.

- JUANA. Llamaba usted? (Apareciendo por la primera puerta de la derecha.)
- MANUEL. He llamado, mas no á ti.
- JUANA. Es que...
- MANUEL. ¿Dónde está Miguel?
- JUANA. Salió á un recado y no ha vuelto; pero si yo puedo hacer...
- MANUEL. Agua templada en seguida para afeitarme.
- JUANA. Está bien. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA III.

MANUEL.

¡Con qué naturalidad
 (Contemplándose en el espejo del page.)
 se pinta... la estupidez
 en la cara cuando el hombre
 despierta!... ¿Sabes, Manuel,
 que de véras estás feo?
 Ganas de echar á correr
 me dan por no verme.

ESCENA IV.

Dicho y JUANA.

- JUANA. El agua. (Apareciendo por la primera puerta de la derecha con una jarrita con agua templada.)
- MANUEL. Dame, Juana. (Tomando la jarrita.)
- JUANA. ¿Quiere usted alguna otra cosa?
- MANUEL. No:
 si acaso, ya llamaré.

ESCENA V.

MANUEL.

Manos á la obra... El jabon... (Afeitándose.

En dos minutos ó tres
voy á quedar como nuevo
y en actitud de ofrecer
mis respetos á mi esposa.
¡Qué impresion, Dios de Israel,
qué funesto desencanto
si así me llegara á ver!
¡Oh, mi sistema es muy hábil!
Y quizá no falte quien
extravagante lo juzgue.
Tanto peor para él.
No estima su conveniencia,
no comprende su interés
el hombre que se abandona,
creyendo de buena fé
que, haga lo que haga, por fuerza
su esposa le ha de querer.
¡Ca! Para que dos casados
resulten casados bien,
despues de la bendicion
les queda mucho que hacer;
y es procurar que en su estado
se aviven más cada vez
las ilusiones, porque ellas
son la base y el sosten-
de la dicha conyugal,
y, la verdad, yo no sé
que pueda las ilusiones
aumentar de su mujer
el hombre que á ella se exhiba...
tal como ustedes me ven.

(Tomando una actitud ridícula.)

¡Qué locura! A las mujeres,
nada, lo mismo que á un rey.
Hay que tratarlas con mucho
respeto... y de lejos, eh?
Quiero decir, sin usar
franquezas de mala ley,
que engendran el menosprecio

y el odio quizá también.
 Por lo tanto, los maridos
 tienen el alto deber
 de no abandonarse nunca,
 so pena...

(Al pronunciar esta frase, debe Manuel haberse afeitado,
 lavado y peinado.)

ESCENA VI.

Dicho y JUANA.

JUANA. ¿Se puede? (Desde la primera puerta de la derecha.)

MANUEL. ¿Quién? (Asustado y ocultándose detrás del biombo para vestirse.)
 ¡Todavía no se puede,
 Cármen!

JUANA. Si soy yo.

MANUEL. ¡Ah! Pensé
 que era la señora.

JUANA. ¿Sí?

MANUEL. (Tiemblo como un cascabel.)

JUANA. (Tiene gracia...)

MANUEL. Vamos, entra.

JUANA. Con el permiso de usted.

MANUEL. Me has dado un susto...

JUANA. Lo siento.

MANUEL. Y ¿á qué vienes?

JUANA. A traer
 esta carta que ahora acaban
 de dejar. (Por una que llevará en la mano.)

MANUEL. ¿Para mí?

JUANA. Pues.

El sobre dice...

MANUEL. ¿Qué dice?

JUANA. Para el señor don Manuel (Leyendo el sobre.)
 Gutierrez, en propia mano,
 de su a. E. J. P.

MANUEL. Manuel Gutierrez soy yo.

JUANA. Entónces...

MANUEL. A ver, á ver... (Sacando la mano por un
 lado del biombo para tomar la carta que le dará Juana.)

¡Calle! ¡Si es de Eduardo Juncos!
Y por cierto que hace un mes
que no venia...

JUANA. (Y hoy viene
porque yo se lo encargué
de parte de la señora.)
¿Conque es del jóven aquel
tan fino...? (Retirando el page y pensando en órden el
cuarto.)

MANUEL. Que pierde el juicio
por cuantas mujeres ve,
y piensa que, al verle, todas
se mueren de amor por él.

JUANA. ¡Hola!

MANUEL. Pero es en el fondo
un infeliz.

JUANA. ¿Cree usted...?

MANUEL. Pues claro.

JUANA. (Más vale así.)

MANUEL. (No obstante, á Cármen no le es
simpático.—Tonterías
que respeto. Ya acabé.
(Apareciendo elegantemente vestido.)
Ya me puedo presentar
sin miédo al mal parecer.)
—¿Sabes tú si la señora (A Juana.)
está visible?

JUANA. No sé.

MANUEL. Pues pregúntale, en mi nombre,
si me puede conceder
el gusto de saludarla
y de ponerme á sus piés.

JUANA. (No estoy por tanto melindre
entre marido y mujer.)
(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

MANUEL.

Me voy, en tanto, á enterar
de la carta... ¡Qué concisa! (Después de enterarse
del contenido de la que le dió Juana.)

Porque ha de hablarme, me avisa
 que va á venir á almorzar.
 Nunca hubiera presumido
 que el objeto del despacho
 fuera tal. A ese muchacho
 debe faltarle un sentido.
 Vendrá á contarme, imprudente,
 de fijo, algun devaneo:
 y si Cármen le hace un feo...
 le temo por maldiciente.
 Juzgo poco diplomático
 venirse á almorzar ahora
 para hablar.—Ya á mi señora
 no le es Eduardo simpático...
 y á poco que hable... ¡Mastuerzo!
 ¿Dónde está tu inteligencia?
 Si hablar quieres, pide audiencia;
 no te tomes un almuerzo.

ESCENA VIII.

Dicho y CÁRMEN.

CÁRMEN. ¿Se puede? (Desde la primera puerta de la derecha y vistiendo un elegante traje de casa.)

MANUEL. ¿Qué estoy mirando? (Sorprendido agradablemente al ver á Cármen.)
 Adelante, Cármen; pasa
 y permíteme, ante todo,
 te diga que con el alma
 siento te hayas molestado
 en venir...

CÁRMEN. Nunca me causa
 molestia, ni contraria
 hacer lo que á tí te agrada.

MANUEL. Pero mi intencion no ha sido...
 te lo juro: esa muchacha
 ha tenido poco tacto...

CÁRMEN. No creas.

MANUEL. Que averiguara
 le encargué si tú podías
 recibirme, y apostaba

á que con celo salvaje
no trasmitió mis palabras,
sino que, así que te vió,
te disparó una andanada
diciéndote:—Señorita,
el señorito la aguarda.— (Como si bruscamente lo
hubiera dicho Juana.)

CÁRMEN. Pues te equivocas. Fielmente
tu encargo ha cumplido Juana,
y si no ha venido á darte
la respuesta, que esperabas,
ha sido porque creí,
tal vez demasiado cándida,
que más debía halagarte
si tu Cármen te la daba.

MANUEL. ¿Será posible? Perdona
si en el bien que me deparas,
como el hombre más vulgar
de los hombres que se casan,
ví más que bondades tuyas
torpezas de una criada.

CÁRMEN. ¿Mi visita te complace?

MANUEL. ¿Puedes dudarle?

CÁRMEN. Pues basta;
que, más que tu gratitud,
tu complacencia me halaga.

MANUEL. ¡Bendita! Pero sentémonos.

CÁRMEN. Bien pensado. (Sentándose.)

MANUEL. (Que anunciarla

tendré que Eduardo... (Dirigiéndose á buscar una si-
lla para aproximarla al asiento que ocupa Cármen.)

CÁRMEN. (Sin duda

á hablarme va de la carta
de Eduardo.)

MANUEL. ¿Qué me decías?

CÁRMEN. ¿Yo? No, no decia nada.

MANUEL. ¿Quieres un taburetito
para los piés?

CÁRMEN. Muchas gracias.

MANUEL. Iré á buscarlo á tu cuarto.

CÁRMEN. No, Manuel; ¡pues no faltaba
otra cosa!

MANUEL. Es que un deber
de cortesía me manda
procurar el bien posible
al huésped que honra mi casa.

- CÁRMEN. Y á propósito de huéspedes.
- MANUEL. ¿Qué ocurre? (Sentándose.)
- CÁRMEN. Una circunstancia.
- MANUEL. ¿Sí? Pues mira, también yo he de pedir la palabra respecto de eso.
- CÁRMEN. (¿Sabrá que Valentin y Tomasa llegan hoy?) ¿Conque también tú tienes que?...
- MANUEL. Sí.
- CÁRMEN. Pues habla.
- MANUEL. Yo despues.
- CÁRMEN. De ningun modo.
- MANUEL. Inútilmente te cansas. Quien va primero á la fuente es quien ántes toma el agua: conque se abrió la sesión.
- CÁRMEN. Mas si no tiene importancia lo que iba á decirte.
- MANUEL. Quedan las excusas desechadas.
- CÁRMEN. Temo, además, que te rias...
- MANUEL. Si la cosa me hace gracia... ¿por qué no?
- CÁRMEN. Vamos, pues es... Pues es que, cuando cruzaba el pasillo que conduce á este cuarto, vi á la gata afanosa y diligente que se lavaba la cara.
- MANUEL. Bien; ¿y qué?
- CÁRMEN. Que, segun dicen, eso anuncia la llegada de convidados ó huéspedes ..
- MANUEL. ¡Já! ¡já!
- CÁRMEN. ¿Ves? Te burlas.
- MANUEL. ¡Calla! ¡Qué he de burlarme, mujer! Celebro la perspicacia de ese profeta... felino.
- CÁRMEN. Segun eso, ¿es cierto?...
- MANUEL. ¡Vaya!
- CÁRMEN. ¿Conque tenemos?...
- MANUEL. Tenemos un convidado en campaña.

- CÁRMEN. ¿Uno... no más?
- MANUEL. Uno.
- CÁRMEN. (Eduardo.)
- MANUEL. ¿Pues tú cuantos esperabas?
- CÁRMEN. No, yo no... (Dos más espero.)
Pero como vi á la gata
lavarse con tanto ahinco,
¿qué se yo? me figuraba...
MANUEL. Pues viene uno solo. Eduardo.
- CÁRMEN. Eduardo?... (Como si no comprendiera de quien se trata.)
- MANUEL. Mucha ventaja
tu olvido es para él, pues prueba
que ningun rencor le guardas.
- CÁRMEN. ¿Qué motivos dió? ¿Quién es?...
- MANUEL. Eduardo: aquel tarambana...
- CÁRMEN. ¿Ya caigo!—¿Y dices que viene?...
- MANUEL. A almorzar; mas de confianza.
- CÁRMEN. Yo le hacía ausente.
- MANUEL. Y yo.
Él ántes venia á casa
con frecuencia.
- CÁRMEN. Lo recuerdo.
- MANUEL. Pero de pronto, y sin que haya
habido motivo alguno,
nuestro hombre volvió la espalda,
y... hasta hoy, que no sin sorpresa
me ha dirigido esta carta. (Dándole la de Eduardo.)
- CÁRMEN. No deja de ser extraño... (Después de haberse enterado
del contenido de la carta.)
- MANUEL. ¿No es verdad que es algo rara
su conducta? Mas yo creo
que eres tú, Cármen, la causa...
- CÁRMEN. Si yo, Manuel, ni del santo
de su nombre me acordaba,
¿cómo la causa ser puedo?...
No, si Eduardo vuelve á casa,
él sabrá por qué es.
- MANUEL. Y yo:
es... porque le da la gana;
convenido; pero, Cármen,
si ahora de eso no se trata:
si no aludo á su venida,
aludo á su retirada.
¿Comprendes?
- CÁRMEN. Sí; mas tampoco
me hace maldita la gracia

- que me atribuyas acciones
que de descortes y uraña
me acusen con tus amigos.
- MANUEL. No, Cármen; sé que te afanas
por no contrariarme; pero
á veces una mirada,
un gesto insignificante,
sin darnos cuenta, delata
sentimientos que en el pecho
el deseo en vano guarda.
- CÁRMEN. No tengo, Manuel, conciencia
de que ese gesto, de que hablas,
se me haya escapado á mí.
- MANUEL. No, si esos gestos se escapan
sin querer, sin advertirlos.
- CÁRMEN. Yo te voy á ser muy franca.
No miro con buenos ojos
que tú celebres y aplaudas
el buen humor de tu amigo.
- MANUEL. Yo no he aplaudido las gracias
de Eduardo, ni las aplaudo,
ni aplaudiré.
- CÁRMEN. Yo pensaba...
- MANUEL. Le escucho y me río á veces;
mas de reirme no pasa.
- CÁRMEN. De todos modos, recuerda
el cuento de las naranjas...
- MANUEL. ¿Quieres callar?... Mira tú
si habia deirme yo á caza
de aventuras, á mis años,
porque Eduardo...
- CÁRMEN. Mucho calma
mi cuidado lo que dices.
- MANUEL. Ten más bien una esperanza:
la de que yo le seduzca
con mis ejemplares máximas,
y le convierta en marido
en castigo de sus faltas; (Movimiento de Cármen.)
que no castigo será, (Como rectificando.)
sino ventura envidiada,
si, al fin, en su matrimonio
la fortuna mia alcanza.
- CÁRMEN. Contribuiré, por mi parte,
á que veas realizada
esa obra que te prometes
tan benéfica y tan santa.

- MANUEL. Muy poco tienes que hacer.
 CÁRMEN. Lo que tú me digas: habla.
 MANUEL. Conque, cuando á Eduardo veas,
 no le pongas mala cara...
 CÁRMEN. ¿Quién? ¿Yo?...
 MANUEL. No, ya sé que tú
 no puedes ponerla mala.
 Lo que yo quiero decirte,
 ¿sabes? es... vamos, que te hagas
 un poquito de violencia,
 y le ocultes que te enfada.
 CÁRMEN. Está muy bien.
 MANUEL. Y algo más,
 porque eso solo no basta.
 Que te muestres con él siempre...
 no acierto con la palabra.
 CÁRMEN. Expresiva... afable...
 MANUEL. Justo.
 CÁRMEN. ¿Cariñosa?
 MANUEL. ¡Cómo! Aguarda...
 CÁRMEN. ¿Te parece mucho?
 MANUEL. No.
 CÁRMEN. ¿Temes acaso?...
 MANUEL. ¿Yo? Nada.
 Cariñosa: tú lo has dicho.
 (Por mucho que Eduardo valga...
 valgo yo más.)
 CÁRMEN. (El encargo
 me viene como pedrada.)
 MANUEL. ¿Conque quedamos?...
 CÁRMEN. En eso;
 en que se hará lo que mandas.
 MANUEL. No es mandato, es una súplica...
 JUANA. ¡Señoritos! (Desde dentro.)
 CÁRMEN. ¡Qué!
 MANUEL. ¿Qué pasa?

ESCENA IX.

Dichos y JUANA.

- JUANA. ¡Ay, señoritos! (Saliendo por la primera puerta de la
 derecha y como sorprendida agradablemente.)
 CÁRMEN. ¿Qué ocurre?

- JUANA. Una grande novedad.
 MANUEL. ¿Qué dices?
 JUANA. ¿Saben ustedes
 quién acaba de llegar?
 MANUEL. ¡Toma! Eduardo...
 JUANA. Frio, frio...
 MANUEL. ¿Cómo frio?
 CÁRMEN. ¿No es él?
 JUANA. ¡Cá!
 CÁRMEN. (Entonces será Tomasa.)
 MANUEL. ¿Quieres decirnos?...
 JUANA. Si tal;
 pero van á sorprenderse...
 CÁRMEN. ¡Qué pesadez!
 JUANA. Pues están
 en la antesala, esperando
 su permiso para entrar,
 aquellos señores de Avila
 tan campechanos y tan...
 MANUEL. ¡¡Valentin!!
 JUANA. Con su señora.
 MANUEL. ¡Y vienen sin avisar!...
 CÁRMEN. Diles que entren en seguida. (A Juana.)
 MANUEL. Corre, Juana.
 JUANA. Voy allá.

(Vase precipitadamente por la primera puerta de la derecha)

ESCENA X.

CÁRMEN y MANUEL.

- MANUEL. Si han pensado sorprendernos,
 lo han conseguido.
 CÁRMEN. Cabal;
 pero, hombre, ¿has visto la gata
 con cuanta oportunidad
 nos anunció?...
 MANUEL. Ciertamente;
 no ha fallado la señal...
 CÁRMEN. ¿Te acuerdas de que te dije,
 vienen huéspedes?...
 MANUEL. Verdad.
 CÁRMEN. ¡Pues apenas se lavaba
 con ahinco el animal!

MANUEL. Desde hoy ha ganado el título de la infalibilidad.

ESCENA XI.

Dichos, TOMASA y VALENTIN.

VALENTIN. ¿Dónde está ese matrimonio venturoso? (Apareciendo por la primera puerta de la derecha con Tomasa y precedido de Juana, que desaparece despues de franquearles la entrada.)

MANUEL. Por acá. (Tendiendo los brazos á Valentín.)

TOMASA. ¡Cármén! (Abrazando y besando á Cármén.)

CÁRMEN. ¡Tomasa!

VALENTIN. ¡Un abrazo! (A Cármén.)

CÁRMEN. ¡Vaya! (Abrazando á Valentín.)

MANUEL. ¿Y por qué no tomar nosotros dos el desquite? (A Tomasa.)

TOMASA. Pues porque usted no querrá.

VALENTIN. ¡Usted ve qué vengativos!... (Por Manuel y Tomasa, que se abrazan.)

CÁRMEN. Encuentro muy natural su afan de vengarse ahora.

VALENTIN. Pues que se venguen. (Volviendo á abrazar á Cármén.)

MANUEL. Y en paz. (Abrazando de nuevo á Tomasa.)

CÁRMEN. ¿Y Susana?

TOMASA. ¿Mi sobrina?

VALENTIN. Se ha quedado por allá.

MANUEL. Anda, malucha.

MANUEL. Yo creo que la teneis que casar.

VALENTIN. De eso trato, y le he buscado un novio...

TOMASA. Que es un gañan.

VALENTIN. Pero hombre de bien y rico...

TOMASA. Que ella no puede tragar.

VALENTIN. Porque, cuando estuvo aquí el pasado Carnaval, le trastornó el juicio un títere, que, de fijo, no valdrá...

CÁRMEN. Pero si ella le prefiere...



- TOMASA. Y no es él un criminal...
- VALENTIN. Vaya, hablemos de otra cosa.
- CÁRMEN. Yo siento...
- MANUEL. Mejor será.
- VALENTIN. ¡Pero qué guapa está usted! (Por Cármen.)
- CÁRMEN. ¿Sí? ¿Se quiere usted callar?
No creia yo que en Avila
de los Caballeros...
- VALENTIN. ¡Ya!
- CÁRMEN. Se guaseaban las gentes
lo mismo que en Puerto Real.
- MANUEL. ¡Chúpate esa!
- VALENTIN. Mire usted,
en Avila, Cármen, hay
caballeros y gitanos
como en cualquiera ciudad.
- CÁRMEN. Y usted, por lo visto...
- VALENTIN. Yo
le aseguro muy formal,
que desde la última vez
que nos vimos, y esto hará
un año, usted ha mejorado
notablemente, lo cual
me admira doble, porque
entonces llegó usted á estar
tan... mejor, que no creí
que pudiera estarlo más.
- CÁRMEN. ¡Ay! ¡Qué gracioso!
- MANUEL. Te enmiendas.
- TOMASA. ¿Y de qué se ha de enmendar,
si el hombre, con lo que dice,
solo dice la verdad?
- CÁRMEN. ¡Calla! ¿Tambien tú...?
- TOMASA. Pues claro.
¿A qué ese empeño en negar
lo que tu cara descubre?
¿Que estás mejor? Pues lo estás.
Ni la cosa es un fenómeno
que por raro ha de asombrar,
ni revela de tu parte
ningun mérito especial
que lastime tu modestia
y te vaya á sonrojar.
- VALENTIN. Justamente.
- CÁRMEN. ¿Mas quién dice...?
- TOMASA. Lo que demuestra tu faz

- es lo mucho que te prueba
la vida matrimonial,
que Manuel te trata bien...
- CÁRMEN. Nunca podré yo elogiar
cual se merece su trato,
ni su solícito afán
de complacerme.
- MANUEL. Por Dios,
no prosigas, que me vas
á enternecer, Cármen; y ahora,
y sin que sea pagar
ó devolver el piropo,
diré... que no le va mal
á usted tampoco, Tomasa.
- TOMASA. No señor, y no me va.
No se figuren ustedes
que yo voy á rechazar
los medros en mi advertidos,
y que tengo en realidad.
- CÁRMEN. Según eso, ¿Valentin
se porta?
- VALENTIN. ¿Yo?... regular.
- MANUEL. ¡Debe dar á usted una vida!...
- TOMASA. Si este es más bueno que el pan.
- MANUEL. Lo revela ese semblante,
donde brilla el bienestar,
la satisfacción, el gozo...
Yo la encuentro á usted hasta más
alta y más gruesa...
- TOMASA. Sí, sí:
la vida que este me da. (Por Valentin.)
Es de lo más complaciente
el pobre...
- VALENTIN. Puedes borrar
eso de pobre, Tomasa.
- MANUEL. ¡Pues si es un mimo!
- TOMASA. Cabal.
- VALENTIN. Sin embargo, esa palabra
no la puedo atravesar.
- TOMASA. No quiere le llamen pobre...
- VALENTIN. Aunque de solemnidad
lo fuera. Es una aprension...
- TOMASA. Que yo debo respetar;
pero, á lo mejor, hablando,
se me escapa...
- MANUEL. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

- TOMASA. De todos modos, las dos
tenemos que confesar
que hemos logrado una dicha
que muchas envidiarán.
- CÁRMEN. Ya lo creo.
- TOMASA. (¿Qué hay de Eduardo?) (A Cármén.)
- CÁRMEN. (Que va á venir á almorzar.) (A Tomasa.)
- MANUEL. ¿Conque una dicha?...
- CÁRMEN. ¡Y muy grande!
- VALENTIN. Manuel, ¿qué dicha será?
- TOMASA. Quieren que les regalemos
los oídos, ¿no es verdad?
- MANUEL. Yo aseguro...
- VALENTIN. Y yo también...
- TOMASA. Pues es nuestra dicha...
- VALENTIN. ¿Cuál?
- TOMASA. La de tener dos tiranos
que se pueden soportar.
- MANUEL. Poco á poco, que es preciso
hacer una salvedad:
como este, de la pobreza,
yo tengo que protestar
de la tiranía.
- VALENTIN. ¿Sí?
- CÁRMEN. Manuel es todo bondad.
- MANUEL. Y Cármén reina absoluta:
conste.
- TOMASA. ¡Muy bien!
- VALENTIN. (¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!)
Pues, chico, á mí, francamente,
me gusta en casa mandar.
- TOMASA. Sólo que él manda, ¿está usted?
mas se hace mi voluntad.
- VALENTIN. No creas lo que esta dice,
ni usted, Cármén.
- MANUEL. ¿Y qué mal
en ello ves?
- CÁRMEN. Al contrario:
eso le debe halagar.
- VALENTIN. Pues mire usted, no me halaga.
- MANUEL. ¡No seas tan suspicaz!...
- VALENTIN. Quien la escuché va á creer
que hasta me dejo zurrar.
- TOMASA. No han de achacarte por mi
tamaño debilidad
ni yo podría quererte

- si de ella fueras capaz.
- CÁRMEN. Muy bien dicho.
- MANUEL. Satisfecho
me parece que estarás.
- VALENTIN. No obstante, quiero que queden
las cosas en su lugar.
- TOMASA. ¡Jesús, qué miedo! Ya el hombre
la echó de padre guardian.
Y él quisiera sonreirse.
Mas no se sonreirá
aunque le hicieran cosquillas.
- MANUEL. ¿Y las tiene?...
- TOMASA. Ahora verán.
- VALENTIN. (Que ha estado haciendo esfuerzos por permanecer extre-
madamente grave, se echa á reir de pronto. Manuel y
Cármén rien tambien.)
Vamos, Tomasa, ¿tú quieres
tener más formalidad?
- TOMASA. ¡Pobre Valentin!
- VALENTIN. ¡Te he dicho!...
- TOMASA. Se me fué. No digas más.
- MANUEL. Pues punto y aparte; y vamos,
vamos á lo principal,
que despues tiempo de sobra
tendremos para charlar,
y discutir...
- CÁRMEN. Ya se ve.
- MANUEL. Ante todo, ¿qué querrán
hacer ustedes?
- VALENTIN. ¿Nosotros?
- MANUEL. Con entera libertad
diganlo.
- VALENTIN. Pues... nada.
- TOMASA. Nada.
- MANUEL. ¿Qué modo de contestar
es ese?
- CÁRMEN. ¿Qué significa?...
- VALENTIN. No tengo necesidad...
- TOMASA. Ni yo.
- MANUEL. Aunque corto el trayecto
y hayan podido llegar
en traje de hacer visitas
y aseados, como están,
siempre, Valentin, se coje
polvo en el camino, y hay...
- VALENTIN. Es cierto; pero ese polvo

- nos lo hemos quitado ya.
 MANUEL. ¡Cómo!
 CÁRMEN. ¿Desde la estación
 no han venido aquí?
 VALENTIN. No tal.
 TOMASA. Ya nos hemos dado un baño.
 MANUEL. Y, de ese modo, ¿se habrán
 quedado ustedes?...
 TOMASA. Tan frescos.
 VALENTIN. Y con ganas de almorzar.
 MANUEL. ¡Pues me gusta la frescura!
 ¡Meterse en un *restaurant!*
 VALENTIN. No, que ántes hemos querido,
 como era muy natural,
 ver á ustedes...
 MANUEL. ¡Oh! Mil gracias,
 por tanta... amabilidad.
 ¡Sin almorzar vienen! (A Cármen y como ponderando
 un sacrificio.)
 VALENTIN. Hombre,
 no te vayas á enfadar.
 Venimos por pocos dias,
 sólo á ver la fériá, ¿estás?
 Se empeñó Tomasa, y yo...
 tuve que capitular;
 mas decidí hacer el viaje
 sin prévio aviso oficial,
 para no imponer á ustedes
 la molestia de bajar
 á la estación... y despues...
 tú lo que quieras dirás,
 mas siempre en Madrid dos huéspedes,
 aunque la capacidad
 de una casa sea mucha,
 el órden han de alterar,
 y causan trastorno...
 MANUEL. Y luego,
 con la subida del pan...
 VALENTIN. Discutamos formalmente.
 MANUEL. Yo discuto muy formal.
 Todo hay que tomarlo en cuenta,
 pues, como dice el refran,
 muchas velas, Valentín,
 hacen un cirio pascual.
 —¿Y á dónde se han ido ustedes?
 VALENTIN. A la fonda de la Paz.

- CÁRMEN. ¿Y está bien eso? (En tono de reconvencion á Valentin y Tomasa.)
- MANUEL. ¿Está bien?
- VALENTIN. Yo no sé cómo estará.
- MANUEL. ¡Semejante decepcion!...
- CÁRMEN. ¡Te parece regular ir á hospedarse á una fonda!...
- TOMASA. Hija, yo soy sacristan de amén: dije á Valentin que, mediando la amistad que media entre ambas familias, no venir aquí á parar me parecia... ¿lo digo? (A Valentin como pidiéndole permiso para continuar.)
- VALENTIN. Dilo.
- TOMASA. Una barbaridad; pero no le convencí.
- MANUEL. Claro: aqui no puede estar con el *confort*...
- VALENTIN. Vamos, calla.
- MANUEL. Ni con la comodidad...
- VALENTIN. No es eso.
- MANUEL. Que ha de tener en la fonda de la Paz; mas creí que de esas cosas le podria compensar otra, que veo no estima, y que vale mucho más.
- VALENTIN. Tú no miras la cuestion como la debes mirar.
- MANUEL. Si algun dia vamos á Avila, ya lo sabes... (A Cármen.)
- VALENTIN. ¿Callarás?
- MANUEL. Iremos á una posada.
- VALENTIN. Te ruego, por caridad...
- CÁRMEN. No hay remedio: hay que seguir el ejemplo que nos dan.
- TOMASA. Tienen razon.
- VALENTIN. No la tienen.
- MANUEL. ¿Conque no?
- TOMASA. Dijolo Blas...
- MANUEL. Entónces, punto redondo.
- CÁRMEN. Hágase su voluntad.
- VALENTIN. ¡Pero es que, haciéndola, ustedes se me van á amostazar!
- MANUEL. ¿Qué importa?

- CÁRMEN. A gusto de todos
no suele llover jamás.
- VALENTIN. ¿A ver tú qué dices? (A Tomasa.)
- TOMASA. ¿Yo?...
- VALENTIN. ¿Nos vamos?
- TOMASA. Vamos allá.
- VALENTIN. Mas ¿qué te parece?
- TOMASA. ¿A mi?
- Una... (Disponiéndose á repetir la palabra barbaridad.)
- VALENTIN. Basta. (Interrumpiendo á Tomasa y dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)
- MANUEL. ¿A dónde vas?
- VALENTIN. A buscar los equipajes.
- CÁRMEN. ¿Es de véras? (Con mucha alegría.)
- MANUEL. Ven acá:
te agradezco el sacrificio.
- VALENTIN. ¿Pero no me vas á dar
matraca?
- MANUEL. No, Valentin;
no te la daré, por más
que tú te hayas hecho indigno
de mi generosidad.
- CÁRMEN. Ya queda todo olvidado. (Abrazando á Tomasa.)
- MANUEL. Que esta sea la señal. (Abrazando á Valentin.)
- VALENTIN. Sea.—Ahora voy...
- MANUEL. No es preciso
que tú vayas: de aquí irán...
Es que hay que pagar la cuenta...
- VALENTIN. Bueno, ya se pagará.
No te ocupes de eso tú;
Cármén tendrá la bondad
de dar las órdenes...
- CÁRMEN. Si.
- MANUEL. Piensa tambien en que habrá
que disponer más almuerzo.
- CÁRMEN. Descuida.
- MANUEL. Sin olvidar
que el bueno de Valentin,
segun ha dicho poco há,
trae bastante apetito...
- VALENTIN. ¿Me quieres avergonzar?
- MANUEL. Y que falta todavía
otro nuevo comensal.
- CÁRMEN. (Eduardo.) (A Tomasa.)
- VALENTIN. ¿Otro convidado
- MANUEL. Que ya no debe tardar.

- Un amigo muy corriente.
- VALENTIN. ¿Sí, eh?
- MANUEL. Que te gustará.
- CÁRMEN. Voy á disponerlo todo.
- MANUEL. Puedes, de paso, instalar á Tomasa.
- CÁRMEN. ¿Quieres? (A Tomasa.)
- TOMASA. Bien.
- VALENTIN. Vamos andando. (Disponiéndose á seguir á Cármén y Tomasa.)
- CÁRMEN. Estarás en mi cuartó.
- VALENTIN. (Deteniéndose). ¡Cómo!
- MANUEL. Aquí se tienen que acomodar á lo que puede ofrecerse...
- TOMASA. Si es con buena voluntad...
- MANUEL. Eso sí.
- CÁRMEN. Pronto volvemos. (Vase con Tomasa por la primera puerta de la derecha.)
- VALENTIN. Y á mí ¿dónde me instalais?
- MANUEL. ¿Tú? Aquí... conmigo.
- VALENTIN. ¿Contigo?
(¡Primera contrariedad!)

ESCENA XII.

MANUEL y VALENTIN.

- MANUEL. ¿Pero á qué viene poner esa cara de zulú? (Contemplando á Valentín que permanece pensativo y como contrariado.)
- VALENTIN. A que estoy viendo que tú no vives con tu mujer.
- MANUEL. ¡Valentín!
- VALENTIN. No hagas reir. ¿Tú aquí vives?
- MANUEL. Claro está.
- VALENTIN. Y ella, en otro cuarto... allá...
- MANUEL. Como se debe vivir.
- VALENTIN. No digas tal sacrilegio.
- MANUEL. Si este punto discutimos...
- VALENTIN. Vaya, observo que seguimos lo mismo que en el colegio.

- MANUEL. Sin que las graves razones
de la edad y del estado
hermanar hayan logrado
nuestros gustos y opiniones.
- VALENTIN. Y aunque, más ó ménos ducho,
los defendió cada cual
siempre con teson igual.
- MANUEL. Pero queriéndonos mucho.
- VALENTIN. Cosa que yo no me explico,
viviendo en constante cisma.
- MANUEL. Pues se explica por la misma
ley de los contrastes, chico.
- VALENTIN. Entónces ya no me pesa
distinta opinion tener
á la tuya.—¿Y tu mujer
cóme contigo en la mesa?
- MANUEL. Eso sí.
- VALENTIN. (¡Yá!)
- MANUEL. Es natural.
- VALENTIN. Fuí demasiado adelante.
- MANUEL. No soy tan extravagante
en mi vida conyugal.
El matrimonio, no dudo
que es del amor testimonio;
pero, chico, el matrimonio,
aunque nudo santo, es nudo;
y quien lo ata es porque, ciego,
no lo echa de ver siquiera:
que conserve su ceguera
para no advertirlo luego;
porque, así que esto se advierte,
no es posible ya el engaño,
el nudo empieza á hacer daño
y acaba por dar la muerte.
- VALENTIN. ¿La muerte?
- MANUEL. Moral.
- VALENTIN. ¡Demonio!
¿Y qué remedio propones?...
- MANUEL. Conservar las ilusiones
aun dentro del matrimonio.
- VALENTIN. ¡Vaya! (Desconfiando del juicio de Manuel.)
- MANUEL. Me puedes creer:
la absoluta intimidad
es una calamidad
para el hombre y la mujer.
- VALENTIN. ¡Santa Bárbara bendita!

- MANUEL. ¿No ves que, con ella, matas?...
- VALENTIN. ¿De modo que á Cármen tratas así... como de visita?
- MANUEL. Casi, casi.
- VALENTIN. ¡Hombre más raro...!
- MANUEL. La trato... con cierto arte...
- VALENTIN. ¿No la ves sin perfilarte y componerte?...
- MANUEL. ¡Pues claro!
Ni me permito en la vida allanar su habitacion sin que dé contestacion á mi frase consabida de ¿Se puede?...
- VALENTIN. Eso es llevar hasta un extremo...
- MANUEL. Preciso.
- VALENTIN. Y si no obtienes permiso, ¿tú no entras?...
- MANUEL. ¿Yo? ¡Qué he de entrar!
- VALENTIN. ¿Qué me cuentas? (Riéndose á carcajadas.)
- MANUEL. Lo que pasa.
No te rias.
- VALENTIN. Tú estás loco.
¡No se va á divertir poco cuando lo sepa Tomasa!
- MANUEL. Ya sé que tu sistema es del mio muy diferente.
- VALENTIN. ¿Yo?... Yo hago precisamente lo mismo que tú... al revés.
Yo estoy por la intimidad que tú reprochas airado; sí, señor: porque el casado debe serlo... de verdad.
Y no me harás comprender, por más que hables y caviles, que son buenos los perfiles entre marido y mujer.
- MANUEL. Tu dicha comprometida estoy mirando.
- VALENTIN. ¡Qué tema!
Yo veo, con tu sistema, la tuya casi perdida.
- MANUEL. ¿Qué ilusiones, por tu bien, tu mujer puede guardar?
¡Hasta te habrá oído roncar!

- VALENTIN. Y echarle roncas tambien.
- MANUEL. Sigues, Valentín, el surco de lo vulgar y lo odioso. Falta que seas celoso.
- VALENTIN. No, que lo soy más que un turco.
- MANUEL. ¿De tu mujer? ¡Ay! ¡Qué estrella! ¿No tienes confianza en tí?
- VALENTIN. Tengo muchísima en mí; mas ninguna tengo en ella.
- MANUEL. Eso ya... es otra cuestion. ¿Dió Tomasa algun mal paso?
- VALENTIN. ¿Qué ha de dar? Más por si acaso.
- MANUEL. ¡Celoso por precaucion! Mira, déjate de bromas, sigue mi ejemplo, y verás...
- VALENTIN. ¡Bonito ejemplo! Jamás.
- MANUEL. Pues con tu pan te lo comas.
- VALENTIN. Tú te lo vas á comer.
- MANUEL. ¿Yo? Vaya, la hoja doblemos.
- VALENTIN. Bueno; por mucho que hablemos, no nos hemos de entender.
- MANUEL. En este caso, si quieres, voy á darte posesion del cuarto...
- VALENTIN. Tienes razon. Entretanto, las mujeres lo arreglan todo.
- MANUEL. Cabal.
- VALENTIN. ¿Por dónde?
- MANUEL. Por aquí, ven. (Dirigiéndose á la segunda puerta de la derecha.)
- VALENTIN. (No puede este acabar bien.) (Por Manuel que estará esperando en la puerta á que pase Valentín.)
- MANUEL. (Este va á acabar muy mal.) (Por Valentín detrás del cual desaparece.)

ESCENA XIII.

JUANA y EDUARDO.

- EDUARDO. No corras. (Persiguiendo á Juana que sale por la primera puerta de la derecha.)
- JUANA. ¿A dónde han ido? (Al ver que no hay nadie.)
- EDUARDO. Nadie: ¿ves? Oye una cosa.
- JUANA. Vamos. (Defendiéndose.)

- EDUARDO. ¡Qué desdeñosa!
- JUANA. Méenos que usted atrevido.
- EDUARDO. ¡Eh! Dame un abrazo y fuerte.
- JUANA. ¿Un abrazo? No hay tu tia.
- EDUARDO. ¡Me gusta! Y yo que venia con tantas ganas de verte...
- JUANA. ¿A mí? ¿Quiere usted callar? A otro can con ese hueso.
- EDUARDO. Pues entónces ¿á quién?
- JUANA. Eso...
- EDUARDO. Tenemos mucho que hablar.
- JUANA. Pero de léjos.
- EDUARDO. ¡Qué apuros!
- JUANA. Siempre los juegos de manos fueron juegos de villanos.
- EDUARDO. No siempre.—Toma dos duros. (Presentándose los.)
- JUANA. ¡Qué es tomar! Cuando usted hable...
- EDUARDO. Quisiera que fueses fea.
- JUANA. ¿Y por qué? ¡Vaya una idea!..
- EDUARDO. Porque fueras más amable.
- JUANA. No conspire usted en mi daño si es por eso, señorito.
- EDUARDO. ¿Los aceptas? (Presentándole de nuevo los dos duros.)
- JUANA. Los admito. (Apoderándose de ellos á un descuido de Eduardo que trataba de abrazarla.) (En el tomar no hay engaño.) Mas de mí, porque esto ahucho, no piense mal, que si acepto...
- EDUARDO. Al contrario, en mi concepto, con eso, has ganado mucho. Aproxímate.
- JUANA. Oigo ruido por este lado. (Indicando la segunda puerta de la derecha.)
- EDUARDO. ¡Químera!
- JUANA. ¡Si es el señor!
- EDUARDO. Mas espera...
- JUANA. Le diré que usted ha venido. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XIV.

EDUARDO.

Esta chica se ha escamado:
no me conoce tampoco.

Me ha tomado por un loco,
cuando soy un desdichado.
No comprende, no señor,
que abrazo... por abrazar;
por el afan de olvidar
un desengaño de amor,
que el corazon llegó á herirme
y ha de traer mucha cola.
Mas, en fin, rueda la bola.
¿Qué querrá Cármen decirme?
Sus órdenes he cumplido
y me presento á almorzar.
¡Cita más particular!...
Pero ¡prudencia! El marido.

ESCENA XV.

Dicho, MANUEL y VALENTIN.

- EDUARDO. ¡Queridísimo Manuel! (Estrechando la mano de Manuel, que sale con Valentin por la segunda puerta de la derecha.)
- MANUEL. ¡Eduardito!
- EDUARDO. Caballero... (Saludando á Valentin.)
- MANUEL. Deja, ante todo, el sombrero si no has de almorzar con él.
Eduardo Juncos... (Presentándole á Valentin.)
- VALENTIN. Me place
mucho tener el honor...
- MANUEL. Calavera y seductor...
- EDUARDO. Es favor que este me hace.
- MANUEL. Valentin de San Romá: (Presentándole á Eduardo.)
casado.
- VALENTIN. Y á honra lo tiene.
- MANUEL. Que á pasar las ferias viene...
- EDUARDO. ¿Con la esposa?
- VALENTIN. Claro está.
- MANUEL. ¡Él dejarla? ¡Qué tontuna!
- EDUARDO. No querrá que se la roben.
- VALENTIN. No, no señor. (Este jóven
no me hace gracia ninguna...)
- EDUARDO. Quitando la ocasion, vamos...
- MANUEL. Tambien el peligro evitas.

—Juana, di á las señoritas que esperándolas estamos. (A Juana que sale por la segunda puerta de la derecha y desaparece por la primera.)
No hay prisa.

EDUARDO.

VALENTIN.

EDUARDO.

Ya vendrán sin...

Por más que yo ansié ahora

saludar á la señora

del señor don Valentín; (Valentin hace un saludo ceremonioso.)

y á la tuya. (A Manuel.)

MANUEL.

¿Sí?...

VALENTIN.

(¡Qué enfático!)

EDUARDO.

Entretanto... haremos humo.

¿Gusta usted? (Presentando la petaca á Valentín.)

VALENTIN.

Gracias, no fumo. (Después de indi-

car que va á tomar un cigarro y como arrepintiéndose.)

(Pues señor, no me es simpático.)

MANUEL.

Pues yo tenía entendido

que fumabas ántes.

EDUARDO.

¡Ya!

Es que tal vez se lo habrá

la señora prohibido.

VALENTIN.

¡Hombre! ¡Qué me ha de prohibir! (De mal humor.)

EDUARDO.

¿Es transigente? Ya es bella.

VALENTIN.

(¡Nada, la tomó con ella!

¡No la va á dejar vivir!)

EDUARDO.

Si se abstiene de fumar,

un desaire á mí vislumbro.

VALENTIN.

Es que fumar no acostumbre

hasta después de almorzar.

(Me pone en un compromiso.)

MANUEL.

Valentin no se explicó...

EDUARDO.

Por eso, decia yo...

CÁRMEN.

¿Dan ustedes su permiso?... (Desde la primera puerta de la derecha por donde sale con Tomasa.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, CÁRMEN y TOMASA.

MANUEL. Ya se ve.

VALENTIN.

(Si se propasa, (Por Eduardo) no aguanto...)

EDUARDO.

Señoras mías...

- CÁRMEN. ¡Pero, Eduardo, tantos días sin venir por esta casa!...
- EDUARDO. Le ruego no me reprenda.
- CÁRMEN. ¿Cómo no?
- EDUARDO. Si he delinquido, aquí estoy arrepentido con propósitos de enmienda.
- CÁRMEN. Le perdono, generosa, siempre que no los defraude.
- MANUEL. ¡Bien!... ¡Bravo!
- VALENTIN. (¡Y Manuel aplaude!...)
- EDUARDO. Presénteme usted á su esposa. (A Valentín.)
- VALENTIN. (¡No sé como!...) Mi mujer. (Muy contrariado presentando á Tomasa.)
- EDUARDO. Creí que valía mucho; pero la verdad...
- TOMASA. ¡Qué escucho! (Muy complacida.)
- EDUARDO. Nunca pude suponer...
- VALENTIN. (Le voy á dar un sopapo.) (Por Eduardo, que continúa hablando con Tomasa.)
- EDUARDO. Debe ufano estar su esposo.
- TOMASA. No crea usted...
- VALENTIN. (¡Estoy furioso!)
- TOMASA. ¿Sabes que Eduardo es muy guapo? (A Valentín.)
- VALENTIN. (¡Ya no se puede aguantar!...) (Haciendo un supremo esfuerzo para contener su cólera.)
- CÁRMEN. ¡Ay! ¿Qué tiene Valentín?
- MANUEL. ¿Qué ha de tener?
- VALENTIN. Tengo... *spleen*... (1).
- TOMASA. Y hambre.
- VALENTIN. Sí.
- MANUEL. Pues á almorzar.
- CÁRMEN. Pasemos al comedor.
- VALENTIN. (Estoy corriendo un bromazo.)
- CÁRMEN. Eduardo, ¿me da usted el brazo?
- EDUARDO. Es para mí un alto honor... (Pasando al lado de Carmen, que se apoya en el brazo derecho.)
- MANUEL. (Cármén se porta con él.) (Muy complacido.)
- EDUARDO. Y aún tengo otro... (Ofreciendo el brazo izquierdo.)
- VALENTIN. Lo agradezco. (Disponiéndose á aceptarlo.)
- EDUARDO. No, si á usted no se lo ofrezco.

(1) Pronúnciese *splein*.

- TOMASA. Es... á mí. (Muy satisfecha.)
 VALENTIN. Tú... con Manuel.
 CÁRMEN. En marcha. (Dirigiéndose con Eduardo á la primera
 puerta de la derecha.)
 TOMASA. (¡Qué montaraz!) (Por Valentin y apoyán-
 dose en el brazo de Manuel.)
 MANUEL. (Valentin está escamado.) (A Tomasa y siguiendo á
 Cármen y á Eduardo.)
 VALENTIN. (¿Por qué no me habré quedado
 en la fonda de la Paz? (siguiendo á todos.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante con puerta al fondo y laterales en primer término.

ESCENA PRIMERA.

TOMASA y CÁRMEN.

(Al levantarse el telon aparecen ambas tomando café junto á una mesa que habrá á la derecha.)

TOMASA. ¡Qué jaqueca de marido!
Te aseguro que me ha puesto
la cabeza como un bombo.

CÁRMEN. Pues á mí, te lo confieso,
me hace gracia...

TOMASA. A mi maldita.

¡Quién resiste aquel mareo?...

Será un milagro que no
me siente mal el almuerzo.

¡Qué suspicaz y exigente!...

Yo creo que tiene celos.

CÁRMEN. ¡Celos! ¿Y de quién?...

TOMASA. De Eduardo.

CÁRMEN. ¡Qué desatino!...

TOMASA. Estupendo;

pero á entender me lo dió,
y esto me crispa los nervios.

CÁRMEN. Cálmate, que tú tambien,
Tomasa, tienes un génio
tan vivo y tan...

- TOMASA. No lo creas.
- CÁRMEN. Quizá el hombre esté muy lejos de pensar...
- TOMASA. Calla, mujer, si no ha cesado un momento de hacerme unas advertencias y dedicarme unos gestos tan inconvenientes...
- CÁRMEN. ¿Puede?
- TOMASA. Antes de tomar asiento, ya me dijo:—que te pongas á mi lado:—y, en efecto, á su lado me senté dándole el mio derecho. Pero, ¡complacencia inútil! Como yo dos lados tengo y él no puede, como Dios, estar en todos á un tiempo, uno resultó vacante y aprovechó Eduardo el hueco.
- CÁRMEN. Es verdad que entre las dos se colocó.
- TOMASA. Sí, hija, en medio, no sé si para almorzar ó para darme tormento; porque mientras Valentin se mostraba más inquieto, Eduardo más se afanaba por colmarme á mí de obsequios, y he tenido que sufrir este mortal tiroteo:
—Tomasita, ¿una aceituna?— (Con mucha galantería, como todo lo que supone en boca de Eduardo.)
—Tomasá, no tomes eso.— (Con aspereza, lo mismo que todo lo demás que se supone dice Valentin.)
—¿Un pepinillo, señora?—
—El pepino es indigesto.—
—¿Salchichon?— ¡Si no le gustá!—
—¿Vino?— ¡Que no hagas excesos!—
¡Ay! ¡Te digo que he pasado!...
Y sin almorzar me quedo, si á aceptar no me decido todos los ofrecimientos, expresando á Valentin, para disculpar el hecho, que aceptaba, porque... el otro

- no lo tomara á desprecio.
 CÁRMEN. Lo cual le habrá exasperado más aún.
- TOMASA. Mucho lo temo.
 CÁRMEN. ¿Y en Avila tu marido es lo mismo?
- TOMASA. Poco ménos.
 CÁRMEN. ¿No prescindir más de tí?
 TOMASA. ¿Él prescindir? Ni por pienso.
 CÁRMEN. ¿Ves tú? Eso me halagaría...
 TOMASA. ¿De véras? Vamos, cuán cierto es que nadie está en el mundo con lo que tiene contento.
- CÁRMEN. El trato de Valentin tan íntimo y tan sincero...
 TOMASA. Si vieras, cuando se enfada, ¡cómo se pone!... Da miedo.
 CÁRMEN. Y así debe ser.
- TOMASA. ¿Así?
 CÁRMEN. El hombre ha de tener génio, y en algunas ocasiones soltar un buen do de pecho; no, como Manuel, que nunca sale de los puntos medios.
- TOMASA. Y á mi Manuel me enamora con ese comedimiento...
 CÁRMEN. Que parece indiferencia más que oportuno respeto.
 TOMASA. Preferible es, sin embargo...
 CÁRMEN. Si algunas veces me ha hecho olvidar que Manuel era mi amante esposo y mi dueño y hasta le he hablado de usted.
- TOMASA. Pues mi vida en ese asedio, á que me hallo condenada, no es vida, es un cautiverio, que, gracias á mi carácter, voy burlando como puedo. Porque, eso sí, no imagines, aunque te hablo en estos términos, que la eterna compañía de mi eterno compañero me tiene de piés y manos sujeta y con agua al cuello. No; aunque estoy intervenida, valiéndome de un ejemplo,



- como mesa de elecciones,
hago cada gatuperio!...
- CÁRMEN.
TOMASA. ¡Tomasa!
- En el buen sentido
de la frase, por supuesto;
quiero decir, que mi esposo,
aunque la echa de tremendo,
tiene voz conmigo siempre,
muchas veces con exceso,
pero nunca tiene voto:
¿lo vas ahora entendiendo?
- CÁRMEN.
TOMASA. ¡Vamos, ya!
- Por lo demás,
bien puede estar satisfecho;
porque mi amor hacia él
llega, Cármén, á un extremo
que me hace ver perfecciones
hasta en sus mismos defectos.
- CÁRMEN. Otro tanto á mí me pasa,
y, aunque mucho á Manuel quiero,
al cariño que me inspira
no le va en zaga el respeto.
Pero la pasión...
- TOMASA. Es claro,
no quita conocimiento.
- CÁRMEN. Y apropósito: ¿tú insistes
en que adelante llevemos
las gestiones con Eduardo
sin decírselo primero
á Valentín y Manuel?
- TOMASA. ¿Que si insisto? Ya lo creo.
Si cualquiera de los dos
toma cartas en el juego,
ten por perdido el negocio:
además de que, con ello,
provocamos un conflicto
que puede ser muy funesto.
- CÁRMEN.
TOMASA. ¡Ay! ¡Me asustas!
- Yo conozco
á Valentín: es muy terco,
muchísimo, y aunque hasta hoy
he ido con maña torciendo
su voluntad y no dudo
que lograré, sin esfuerzo,
hacerle al fin desistir
de ese bárbaro proyecto

que acaricia, y á Susana
 llena de espanto y de duelo,
 con Eduardo hay que contar,
 pues Dios sabe hasta qué extremo
 podrian llegar las cosas
 si Valentin ve su yerro
 y, al entrar él por el aro,
 el otro nos dice... no entro.

CÁRMEN. Como quieras: tú ya has visto
 que todo lo que has dispuesto
 se ha cumplido...

TOMASA. Extrictamente:
 lo he visto y te lo agradezco.

CÁRMEN. Lo que dispongas tambien
 tendrá el mismo cumplimiento.
 Por fortuna, ó por desgracia,
 yo campo por mi respeto:
 no estoy, cual tú, intervenida.

TOMASA. Pues no lo llores, que el precio
 de la libertad lo saben
 nada más los que están presos.

CÁRMEN. Cuando amor la cárcel forma...

TOMASA. Déjate, Carmen, de cuentos,
 que, aunque te pongan al mismo
 Cupido por carcelero,
 al prenderté, te has de hacer
 más liberala que Riego.

CÁRMEN. Pero calla. Eduardo viene.

TOMASA. Pues al grano.

CÁRMEN. Al grano iremos.

ESCENA II.

Dichas y EDUARDO.

EDUARDO. (Saliendo precipitadamente por el fondo izquierda y diri-
 giéndose á Carmen sin reparar en Tomasa.)
 Por fin conseguí escurrirme,
 mi buena y querida amiga,
 y vengo á que usted me diga...
 lo que tiene que decirme.

CÁRMEN. Gracias, Eduardo.

EDUARDO. Hasta ahora
 juro que no me han dejado...

- TOMASA. Valentin es muy pesado.
 EDUARDO. ¡Ay! Dispense usted, señora. (Asombrado al ver á Tomasa.)
 TOMASA. ¿Dispensarle?...
 EDUARDO. Sin empacho,
 que no la he visto confieso,
 y sentiré...
 TOMASA. Nada de eso.
 (¡Qué fino es este muchacho!)
 EDUARDO. Agradezco las mercedes
 que usted...
 TOMASA. Merecidas son.
 EDUARDO. Yo buscaré otra ocasion... (A Cármen.)
 TOMASA. Pero prosigan ustedes.
 EDUARDO. No, si ya...—Con lo que pasa,
 deberemos aplazar... (La primera frase á Tomasa, y la segunda á Cármen.)
 CÁRMEN. ¿Por qué? Lo que hemos de hablar
 puede escucharlo Tomasa.
 EDUARDO. ¿Sí?
 CÁRMEN. Sí tal.
 TOMASA. Estoy en autos.
 EDUARDO. ¡Ah! ¿Conque usted?...
 TOMASA. Si, por cierto;
 y, porque lo estoy, le advierto
 que es preciso ser muy cautos.
 EDUARDO. ¿Muy cautos? ¿Y en qué sentido?
 TOMASA. Pues, hombre, en él...
 EDUARDO. Ya, ya, en él...
 CÁRMEN. Que nada sepa Manuel.
 TOMASA. Ni tampoco mi marido.
 EDUARDO. ¿Él tampoco?
 TOMASA. Desde luego:
 ¡mas chiton! (Viendo á Valentin que aparece por el fondo izquierda.)
 CÁRMEN. Hay que callar.
 EDUARDO. Don Valentin. (Dirigiéndose á él.)
 TOMASA. El magyar
 que va persiguiendo al lego.

ESCENA III.

Dichos y VALENTIN.

- VALENTIN. Pero, hombre, estoy observando
 que usted de un modo se escurre...

- EDUARDO. Diré á usted, es que me aburre estar mucho tiempo hablando con los hombres; me hace mal.
- VALENTIN. ¡Calle!
- EDUARDO. Palabra de honor.
- VALENTIN. ¿Usted se entiende mejor con las señoras?
- EDUARDO. Sí tal.
- Mil veces mejor.
- VALENTIN. Lo creo.
- CÁRMEN. Y de mi esposo galante ¿qué ha hecho usted?
- VALENTIN. En este instante queda leyendo el correo.
- CÁRMEN. Siempre es su postre.
- VALENTIN. La mesa por esta razon dejé... luego, amigo, como usted (A Eduardo.) se despidió á la francesa...
- EDUARDO. Me fastidiaba la crítica de todas las situaciones, y oír tantas variaciones sobre un tema: la política.
- TOMASA. ¿Y este se ocupó?... Me extraña. (Por Valentin.)
- VALENTIN. ¿Por qué?
- TOMASA. ¡Si no entiendes de eso!
- EDUARDO. ¡Oh! Si viniera al Congreso, se había salvado España.
- TOMASA. ¡Pobre!
- VALENTIN. ¡Tomasal!
- TOMASA. Perdon.
- EDUARDO. Pues de Manuel no hay que hablar.
- CÁRMEN. ¿Tambien sueña en remediar los males de la nacion?
- EDUARDO. Los dos de mi han prescindido y han estado discutiendo...
- VALENTIN. Hombre...
- CÁRMEN. ¿Es posible?
- TOMASA. Comprendo que se habrá usted aburrido.
- EDUARDO. ¡Cuestion más empalagosa!
- VALENTIN. Vale más con las mujeres hablar de tul y alfileres; de modas...
- EDUARDO. O de otra cosa.
- VALENTIN. Veo que usted es muy listo.

- TOMASA. Más has de ver.
 VALENTIN. ¡Hola! ¿Y qué es?
 TOMASA. Que es muy galante.
 VALENTIN. ¿Sí? Pues
 tambien, Tomasa, lo he visto.
 TOMASA. Lo celebro.
 VALENTIN. (¡Siento una ira!...)
 EDUARDO. Ser justo no es ser galante.
 Usted ve mucho.
 VALENTIN. Bastante.
 CÁRMEN. Y parece que no mira.
 VALENTIN. Es porque tengo mi modo
 de ver, ¿está usted?
 CÁRMEN. Ya estoy,
 y así... á su modo...
 VALENTIN. Me voy
 haciendo cargo de todo.
 EDUARDO. Admito el procedimiento;
 mas debo advertir á usted,
 que, al mirarme á mí, me ve
 con los cristales de aumento.
 TOMASA. ¡Con qué finura te ha dicho (A Valentin.)
 que no ves y que no sabes!
 VALENTIN. ¡Que no quiero que le alabes! (A Tomasa.)
 TOMASA. ¿Y por qué? (¡Vaya un capricho!) (Tomasa y Va-
 lentin continúan discutiendo.)
 CÁRMEN. ¡Qué aprension! (A Eduardo, con quien prosigue ha-
 blando.)
 EDUARDO. No es aprension:
 el señor don Valentin
 me habla con un retintin
 que no tiene explicacion.
 CÁRMEN. Genio suyo.
 EDUARDO. Convenido.
 Y nada me importaría
 si no diera en la mania
 de ser tan entremetido.
 ¿Cuándo me va á hablar usted
 si él me persigue y me cela?
 CÁRMEN. Burle usted al centinela. (Con intencion.)
 EDUARDO. (¡Qué escucho!) Le burlaré. (Continúa hablando con
 Carmen.)
 TOMASA. ¡Bah! ¡Chico, déjame estar! (Separándose de Valentin.)
 VALENTIN. (¡Es mucha cruz! ¡Mas qué veo! (Por Carmen y
 Eduardo que continúan hablando en voz baja.)
 ¡Ya ha empezado el cuchicheo

- con la otra!)
- TOMASA. (Allá va el magyar.) (Por Valentin que se aproxima con cautela á Cármen y Eduardo.)
- CÁRMEN. Valentin viene. (A Eduardo.)
- EDUARDO. (Me asedia y encocora como él solo!)
¡Oh! La comedia de Apolo (Fingiendo una conversacion para que se entere Valentin.)
es muy bonita comedia!
- CÁRMEN. No deja de meter bulla.
- EDUARDO. Figura en ella un marido celoso... ¡tan divertido!...
- CÁRMEN. ¡Sí?
- VALENTIN. (¡Canastos! ¡Será pulla!)
Pues, si el tal los celos siente, divertido no ha de estar.
- EDUARDO. Él no hace más que rabiarse; pero divierte á la gente.
- VALENTIN. ¡Vaya un gusto! Considero muy cruel la diversion.
- TOMASA. Pues yo he de ver la funcion que dice ese caballero.
- VALENTIN. Ya pensaremos...
- TOMASA. Supongo que á ello tú no te opondrás.
- CÁRMEN. ¿Por qué? ¡No faltaba más!...
- VALENTIN. No, Cármen, si no me opongo.
- EDUARDO. Pues lo que ha de ser, que sea.
- CÁRMEN. Ciertamente.
- VALENTIN. Sin embargo...
- EDUARDO. Yo quedo con el encargo de traer una platea.
- TOMASA. ¡Ay! ¡Sí, sí!
- VALENTIN. No lo consiento.
- CÁRMEN. Usté es forastero ahora. (A Valentin.)
- EDUARDO. No haga usted caso, señora, y acepte mi ofrecimiento. (Dirigiéndose á Tomasa.)
- VALENTIN. Hágame usted el favor de no insistir. (Separando bruscamente á Eduardo de Tomasa.)
- EDUARDO. Bien está.
(Me parece que se va destemplando este señor.)
- CÁRMEN. (Valentin no se hace el sordo como mi cortés marido.)
- VALENTIN. (Si este mozo busca ruido,

- lo va á encontrar, pero gordo!)
- TOMASA. (Me tendré que dominar por no alborotar la casa.) (Se sienta junto á la mesa que habrá á la derecha y escribe maquinalmente.)
- EDUARDO. ¿El esposo de Tomasa es hombre de armas tomar? (A Cármen, con quien habla.)
- Lo digo por si disputo...
- CÁRMEN. (Le asustaré.) No lo intente.
- EDUARDO. ¿Conque es hombre?...
- CÁRMEN. ¡Muy valiente, muy atroz!...
- EDUARDO. Vamos, muy bruto.
- VALENTIN. (¡Otra vez de cuchicheo!) (Deteniendo su paseo al ver que hablan Cármen y Eduardo.)
- TOMASA. (¡Como no me lleve á Apolo!...)
- VALENTIN. (Ese bendito Manolo ¿cuándo acabará el correo? Pero consentir no es justo...) (Se aproxima cautelosamente á Cármen y Eduardo.)
- CÁRMEN. El remedio es muy sencillo. (A Eduardo.)
- VALENTIN. Cármen. (A Cármen y colocándose entre ella y Eduardo.)
- CÁRMEN. ¡Qué! (Sorprendida.)
- EDUARDO. (¡Qué tabardillo!) (Separándose de Cármen.)
- CÁRMEN. No me ha dado usted mal susto.
- VALENTIN. ¿Y por qué?
- CÁRMEN. Como Manuel de arranques... así, está exento...
- VALENTIN. Conducta que tanto siento por usted como por él.
- CÁRMEN. ¡Cómo!
- VALENTIN. Pido á usted perdon... las palabras nunca limo...
- CÁRMEN. Limadas ó no, yo estimo las tuyas por la intencion.
- EDUARDO. (Pues señor, ¿qué me hago ahora? lo más prudente será...) (Indicando marcharse.)
- VALENTIN. (¡Hola! ¡Hola! ¿A quién estará escribiendo mi señora?)
- EDUARDO. (Del rey de los hotentotes no ví retrato más vivo.) (Por Valentín que, receloso, se dirige á donde está Tomasa.)
- VALENTIN. ¿A quién escribes?
- TOMASA. No escribo: estoy haciendo palotes. (Enseñándole bruscamente el papel en que escribía.)

- VALENTIN. Bien, no te enfades, mujer.
TOMASA. Me he de estar hecha una sosa?... (Cruzándose de brazos.)
Pues, hijo, en alguna cosa me tengo que entretener.
- VALENTIN. ¿Con palotes?
TOMASA. Abolidos, (Rompiendo el papel.)
para que más no te alarmen.
- VALENTIN. ¿Por qué no dices á Cármen que te enseñe sus vestidos?
TOMASA. ¡Apurar me hará la copa!...)
VALENTIN. Eso gusta á las mujeres. (A Tomasa.)
TOMASA. Bueno.—Cármen. (La primera palabra á Valentin, la segunda á Cármen llamándola.)
- CÁRMEN. ¿Qué? (Contestando á Tomasa y separándose de Eduardo con quien empezaba á hablar.)
- TOMASA. ¿Me quieres enseñar tu guardaropa?
CÁRMEN. ¿Mi guardaropa? ¡Qué idea! Nada vale; pero en fin...
TOMASA. Mujer, es que Valentin tiene empeño en que lo vea.
- VALENTIN. ¡Tomasa! Yo... (La primera palabra á Tomasa, reconviéndola: la segunda á Cármen disculpándose.)
- CÁRMEN. Comprendido.
EDUARDO. (Quiere alejarlas.)
CÁRMEN. Estamos á sus órdenes y vamos á dejarle complacido.
- VALENTIN. Poco á poco: sentiré que usted crea...
CÁRMEN. No.
VALENTIN. Y le ruego...
EDUARDO. Es verdad: tiempo habrá luego...
VALENTIN. Hombre, déjelas usted. (Saliendo al paso á Eduardo.)
CÁRMEN. ¿Se queda usted, Eduardo? (A Eduardo que no sabe qué contestar.)
- VALENTIN. Es llano.
EDUARDO. Sí. (Como forzado por la actitud de Valentin.)
TOMASA. Caballero... (A Eduardo con suma amabilidad.)
CÁRMEN. Hasta ahora. (A Eduardo.)
EDUARDO. A los piés de usted, señora.
(A Tomasa y despues de saludar con una inclinacion de cabeza á Cármen, que se va con aquella por la puerta de la izquierda.)

VALENTIN. Adios. (A Tomasa y como despidiéndose.)
 TOMASA. Beso á usted la mano. (A Valentín con aspe-
 reza.)

ESCENA IV.

VALENTIN y EDUARDO.

EDUARDO. (¿Por qué querrá que me quede?)
 VALENTIN. (Pues, señor, esto va mal
 y habrá que poner remedio.)
 EDUARDO. (Si me pudiera eclipsar...)
 VALENTIN. Siéntese usted. (Ofreciendo á Eduardo una silla.)
 EDUARDO. Muchas gracias.
 VALENTIN. No me arrugue usted la faz,
 que no vamos á ocuparnos
 de política, por más
 que con usted me proponga
 políticamente hablar.
 EDUARDO. ¿De véras?
 VALENTIN. Sí.
 EDUARDO. En ese caso,
 me siento y usted dirá.
 VALENTIN. Yo le he tomado á usted afecto (Sentándose también.)
 sin poderlo remediar.
 Veo á usted por mal camino,
 y aunque indiscreto quizás
 aparezca... francamente,
 le quisiera encarrilar.
 EDUARDO. Pues encarríleme usted.
 VALENTIN. No basta mi voluntad,
 si usted no ayuda.
 EDUARDO. ¿Y qué debo
 hacer?
 VALENTIN. En primer lugar,
 usted debía casarse.
 EDUARDO. ¿Debia?
 VALENTIN. Pues claro está.
 Esa es la base...
 EDUARDO. Comprendo.
 (Me quiere inutilizar.)
 VALENTIN. Usted no es ya ningun niño.
 EDUARDO. No señor, ya tengo edad...

- VALENTIN. El hombre, que vive célibe,
no vive.
- EDUARDO. O vive muy mal.
- VALENTIN. Luego á nosotros el tiempo
tambien, tambien se nos va,
y á lo mejor, sin saber
por dónde ni cómo, zás, (Dándole una palmada en la
rodilla.)
nos sorprenden los achaques
y sentimos el afan
de ese sublime regalo
que tan sólo puede dar
una dulce compañera,
¿pero cuándo?... Cuando ya (Dándole otra palmada
en el hombro.)
ni con candil encontramos
quien nos quiera regalar.
- EDUARDO. Cierto. (Tomando su baston, que estará encima de la
mesa, y sentándose despues.)
- VALENTIN. ¿Luego usted opina?...
- EDUARDO. De entera conformidad.
Si yo no soy enemigo
de la coyunda nupcial:
nada de eso, no señor,
y puedo á usted asegurar
que á estas horas, no marido,
ya sería yo... papá,
si una mujer... ¡ay! un ángel
de candor y de bondad...
Cármen la conoce, y puede
mi opinion ratificar.
- VALENTIN. Bien, ¿y qué ha hecho esa mujer?
- EDUARDO. Hundir, cruel, un puñal
en mi corazon.
- VALENTIN. ¿Pero ella
amaba á usted de verdad?
- EDUARDO. Al ménos me lo juraba;
mas me debia engañar,
cuando por fútil pretexto
mató mi amoroso afan.
Y por eso me ve usted,
con el ansia de olvidar,
correr aturdido, loco...
- VALENTIN. Descarrilado...
- EDUARDO. Cabal.
- VALENTIN. Pero, en fin, esa mujer

- alguna razon dará
que su act.tud justifique.
- EDUARDO. ¡Oh!
- VALENTIN. ¿Por qué se ha vuelto atrás?
- EDUARDO. Porque se opone un pariente.
- VALENTIN. ¿De usted?
- EDUARDO. De ella. Hombre vulgar,
réfractario á todo trato
con la buena sociedad;
y, como yo amo lo culto
por instinto natural,
me desdena y me pospone...
- VALENTIN. Otras causas mediarán...
- EDUARDO. No. Yo tengo una figura...
vamos...
- VALENTIN. Que puede pasar.
- EDUARDO. Y que pasa.
- VALENTIN. No lo dudo.
- EDUARDO. Mi carácter es jovial.
- VALENTIN. Mucho.
- EDUARDO. De una mala accion
nunca seré yo capaz.
- VALENTIN. Choque usted. (Tendiéndole la mano.)
- EDUARDO. Y no soy tonto. (Levantándose.)
- VALENTIN. Nada de eso. (Levantándose tambien.)
- EDUARDO. Y, además,
tales méritos acrece
seguro y pingüe caudal...
- VALENTIN. ¿Qué heredó usted?...
- EDUARDO. De mi abuela,
que murió tres años há.
- VALENTIN. Me lo habia figurado
y ha salido, al fin, verdad.
- EDUARDO. Conque ya ve usted... (Paseando con Valentín.)
- VALENTIN. Sí, veo...
que no me puedo explicar
la oposicion del pariente...
- EDUARDO. Porque es un vándalo el tal.
- VALENTIN. ¡Ay, amigo! En las familias
á veces motivos hay...
Si yo le contara á usted...
- EDUARDO. ¿Y qué me va usted á contar?
Para mi dicha anhelada,
¿qué mayor contrariedad
que la ciega obstinacion
de un vándalo?...

VALENTIN. ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!
EDUARDO. ¡Oh! ¡Si, señor, de un vándalo
que está por civilizar!

ESCENA V.

Dichos y MANUEL.

MANUEL. (Que habrá salido por el fondo izquierda con unas cartas abiertas en la mano y se detiene.)
¿A quién dedican ustedes tanto piropo?

EDUARDO. Verás...

VALENTIN. A nadie; es que aconsejaba á Eduardo que adopte un plan...

MANUEL. Pues desde ahora apostaríá á que no hay conformidá. (Dejando las cartas encima de la mesa.)

EDUARDO. Y perderíás, porque hasta cierto punto la hay.

MANUEL. Sí?

VALENTIN. Vaya.

MANUEL. Y de qué se trata?

EDUARDO. Digo, si puedo terciar....

MANUEL. Se trata de que me case.

EDUARDO. Tú?

MANUEL. Yo, sí.

VALENTIN. ¿Y conforme estás?

MANUEL. Eso ha dicho.

VALENTIN. Desconfía. (A Valentín.)

EDUARDO. Y por qué me ha de engañar?

MANUEL. Eso mismo digo yo: ¿vamos á ver?

MANUEL. Tú sabrás.
¿Ves tú que la mariposa se estacione en un rosal?
Se detiene; pero pronto en pos de otras flores va, cuyo mayor atractivo consiste en su variedad.
Cual la mariposa, alegre, por el mundo errante vas; pero, más astuto que ella, con el fin de no arrostrar

las culpas de tu inconstancia,
 las velas con el disfraz
 de los rigores funestos
 de tu destino fatal.

VALENTIN. ¡Cómo! ¿Cómo es eso?...

EDUARDO.

Vaya,
 no crea usted...

VALENTIN.

(El truhan
 quería desorientarme.)

MANUEL.

Y hasta el víctima se hará
 porque es papel socorrido.

EDUARDO.

¡No soy poco criminal!

VALENTIN.

(Y este, conociendo el riesgo, (Por Manuel.)
 está tan tranquilo y tan...)

MANUEL.

Después de todo, haces bien.

VALENTIN.

No, en mi concepto, hace mal.

EDUARDO.

Pero si yo no hago nada.

MANUEL.

¡Pues esa es la habilidad,
 tunante!

EDUARDO.

Vamos, Manuel,
 ¿qué concepto formará
 de mí este amigo, al oírte?

MANUEL.

El que mereces no más.

VALENTIN.

Ciertamente.

EDUARDO.

¡Pues me gusta!

VALENTIN.

Tenemos tú y yo que hablar. (A Manuel, con misterio.)

EDUARDO.

(Creo que Manuel también
 está escamado.)

MANUEL.

¡Oh! verás
 cuán pronto nos deja solos. (A Valentin, con quien ha
 hablado, y por Eduardo.)

—Y á todo esto, ¿donde están
 las señoras? (A Eduardo y Valentin.)

VALENTIN.

Viendo trajes.

MANUEL.

No debemos tolerar
 nos robe su compañía
 ocupacion tan trivial.

VALENTIN.

Pero si eso las divierte...

MANUEL.

Tiempo de sobra tendrán.
 ¿Quieres, Eduardo, rogarles
 que se vengán?

EDUARDO.

Voy allá.

VALENTIN.

No, hombre, no... Tú estás chiflado.

(La primera frase, apurado y deteniendo á Eduardo, la se-
 gunda á Manuel, recorriéndolos.)

EDUARDO.

Pues si ellas se aburrirán.

- VALENTIN. Y á usted ¿quién le ha dicho?...
- EDUARDO. Nadie.
- VALENTIN. Pues entónces...
- EDUARDO. (¡Qué chacal!)
- MANUEL. (Yo... ¡chiflado!)
- VALENTIN. Lo mejor
me parece que será
que nos vayamos los tres,
y las dejemos estar.
- EDUARDO. ¿Y á dónde?...
- VALENTIN. A dar una vuelta.
- MANUEL. Como tú quieras.
- EDUARDO. *All right* (1).
(Les voy á dar esquinazo
y me vuelvo por acá.)
- MANUEL. Mas ¿qué pasa? (A Valentín mientras Eduardo se acicala
mirándose al espejo.)
- VALENTIN. (A Manuel.) Urge que hablemos
con entera libertad,
y tu amigo nos estorba.
- MANUEL. Esquinazo se le da. (A Valentín.)
- VALENTIN. ¡Bien pensado! (A Manuel.)
- EDUARDO. Yo ya estoy. (Presentándose ya dis-
puesto para salir.)
- VALENTIN. Me ocurre una idea.
- EDUARDO. ¿Cuál?
- VALENTIN. La de ver si conseguimos
billetes para admirar
esa comedia que usted
nos ha celebrado.
- EDUARDO. ¡Ya!
¿La del marido celoso?
Se van á desternillar
ustedes de risa.
- MANUEL. ¿Sí?
- VALENTIN. Veremos quién ríe más.
- MANUEL. Por si Carmen y Tomasa (Haciendo sonar el timbre.)
preguntan, voy á encargar
á Juana les diga que
volvemos pronto.
- VALENTIN. Ajaja.

(1) Pronúnciese *clairt*.

ESCENA VI.

Dichos y JUANA.

JUANA. ¿Han llamado ustedes? (Presentándose por el fondo izquierda.)

MANUEL. Sí.

Las señoritas están en su cuarto entretenidas y no queremos pasar á distraerlas: no obstante, si preguntan, les dirás que nos hemos ido...

VALENTIN. A ver mundo.

MANUEL. Esto es, á dar una vuelta.

JUANA. Ya comprendo.

MANUEL. No lo olvides.

JUANA. Bien está.

MANUEL. Conque...

VALENTIN. Andando.

EDUARDO. Pase usted. (A Valentín, invitándole á que sálga el primero.)

VALENTIN. No, despues.

MANUEL. ¡Eh! No empezar con etiquetas...

EDUARDO. Primero los mayores en edad...

VALENTIN. Acabemos. (Pasando bruscamente.)

MANUEL. ¡Bravo! (Siguiendo á Valentín, que desaparece por el fondo derecha.)

EDUARDO. (A Juana.) Escucha: de mi parte añadirás á tu señora...

JUANA. ¿Qué cosa? (Defendiéndose de Eduardo, que trata de abrazarla.)

EDUARDO. Que me prometo burlar al centinela. Adios. (Desaparece por el fondo derecha despues de abrazar á Juana.)

JUANA. ¡Dale!

¡Mire usted que es mucho afan!

ESCENA VII.

JUANA.

Sin propasarse el maldito,
no puede salir ni entrar;
va á ser necesario atar
muy corto á este señorito.

ESCENA VIII.

Dicha, TOMASA y CÁRMEN.

- TOMASA. La revista, aunque forzosa,
ha sido muy agradable. (A Cármen, con quien sale por
la puerta de la izquierda.)
(Las señoras.)
- JUANA. ¡Bah! No digas... (A Tomasa.)
- CÁRMEN. Tienes muy bonitos trajes.
- TOMASA. ¿Y los señoritos, Juana?
- CÁRMEN. Ahora acaban de marcharse.
- JUANA. ¿Que han salido?
- TOMASA. Sí, señora.
- JUANA. ¿Sin despedirse?
- CÁRMEN. Es chocante.
- TOMASA. Por no distraer á ustedes...
- JUANA. ¿Conque eso han dicho?
- JUANA. Encargándome
que, si ustedes preguntaban
por ellos, les contestase
que habian ido... á ver mundo.
- TOMASA. ¿A ver mundo?
- CÁRMEN. A pasearse.
- TOMASA. Vamos, ya lo entiendo.
- JUANA. A dar
una vuelta por las calles.
- TOMASA. De todos modos, me extraña,
pero muchísimo, Cármen,
que así á la chita callando
haya tomado el portante
Valentín.
- CÁRMEN. Manuel tampoco

sale de casa, sin que ántes
me lo advierta.

TOMASA. En ese caso,
juzgo la cosa más grave,
pues tiene todas las trazas
de un complot.

CÁRMEN. Es indudable.

JUANA. Tambien, señora, presente
debo hacerle, que, al marcharse,
don Eduardo me encargó
dijera á usted, de su parte,
que burlará al centinela.

CÁRMEN. La cosa va complicándose.

JUANA. Si se entera el señorito
de que tratan de burlarle...
porque el centinela es él,
dudarlo no puede nadie.

TOMASA. Mas la burla es inocente.

JUANA. ¿Sí? Don Eduardo, no obstante,
da á entender cosa distinta.

CÁRMEN. ¿Qué dices?

TOMASA. ¡Bah! No te alarmes.

CÁRMEN. ¡Pues me gusta!

JUANA. Y por lo que
pueda á usted interesarle,
sepa que el tal, sin embargo
de que soy de humilde clase,
tambien á mí me requiebra
y persigue.

TOMASA. ¡Qué tunante!

JUANA. Mucho, y, por tanto, es preciso
que una se defienda y trate...

CÁRMEN. Procura tú defenderte,
que si á mí puede ultrajarme
con presunciones ridículas,
pronto haré que no me falte
al respeto, que merezco,
y todos han de guardarme.

JUANA. Perdone usted, señorita...

CÁRMEN. Por esta vez, Juana, pase...
De todos modos, Tomasa,
ya estás mirando cuán fácil
es que un disgusto tengamos
muy sério.

TOMASA. ¡Qué disparate!...

El disgusto lo daremos

nosotras, si son capaces
de llevar nuestros maridos
sus sospechas adelante.

CÁRMEN. Y eso á mí me halagaría.

TOMASA. ¡Es posible!

CÁRMEN. ¿A qué engañarte?

La indiferencia del mio
viera yo como un ultraje,
no sus recelos.

TOMASA.

Pues yo,
como llegue á cerciorarme
de que mi señor marido
me juzga infiel, ¡Dios le ampare!
no sé lo que haré; pero él
de lo que haga ha de acordarse.

(Suena un gran campanillazo.)

CÁRMEN. ¡Vaya un modo de llamar!

JUANA. ¡Pues apénas!... ¡Qué salvaje!

CÁRMEN. ¿Quién podrá ser?

TOMASA. Mi marido.

Le reconozco.

CÁRMEN. Pues abre. (A Juana.)

TOMASA. Y avisa, si es él, tosiendo,
y le dices que no sabes
de nosotras, si pregunta.

JUANA. Bien. (¡Qué enredo!) (Suena otro campanillazo.)

TOMASA. Corre.

JUANA. A escape. (Vase precipi-
tadamente por el fondo derecha.)

ESCENA IX.

TOMASA y CÁRMEN.

CÁRMEN. ¿Qué te propones, Tomasa,
con todas esas señales
y encargos?

TOMASA. Averiguar
un dato que ha de ser base
de nuestra conducta.

CÁRMEN. ¿Cómo?

TOMASA. Si es Valentin, no es probable
vuelva solo.

CÁRMEN. Volverá
con Manuel, ¿qué duda cabe?

- TOMASA. Y vendrán aquí los dos,
y se hablarán sin ambajes,
y nosotras, desde allí, (Indicando la puerta de la derecha.)
si tú no te opones, Cármen,
podremos perfectamente
enterarnos de cuanto hablen.
- CÁRMEN. Juana tose. (Al oír á Juana que tose desde dentro.)
- TOMASA. Al escondite.
- CÁRMEN. ¡Pero cómo adivinaste
á Valentín! (Dirigiéndose á la puerta de la derecha con
Tomasa.)
- TOMASA. El instinto...
¡Pobre de él, como desbarre!
(Desaparece con Cármen por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

MANUEL, VALENTÍN y JUANA.

- JUANA. Lo sostengo, y lo repito; (Saliendo por el fondo derecha con Valentín y Manuel, cuyo paso dificulta.)
á casa no vino nadie
desde que ustedes salieron.
- VALENTÍN. Mas no te pongas delante,
ni el paso nos interrumpas.
- JUANA. ¿Yo, señor?
- MANUEL. Valentín, cálmate.
- JUANA. ¿Qué me puede á mí importar
que usted más ó ménos ande?
- VALENTÍN. ¿Conque no te importa?
- JUANA. A mí?
- MANUEL. Ves visiones. (A Valentín.)
- VALENTÍN. Realidades.
Esa tos tan pertinaz
con que nos acompañaste
hasta aquí, ¿no es una prueba?...
¿Que yo he tocido?
- JUANA. ¿Negarme
- VALENTÍN. querrás también?...
No, señor.
- JUANA. Pues hombre, yo, si he de hablarte
con franqueza, no he advertido...

- VALENTIN. Ni que lo adviertas es fácil
cuando no ves otras cosas
mucho más trascendentales.
Mas yo te abriré los ojos.
- MANUEL. (Está loco de remate.)
- VALENTIN. Las señoras ¿dónde están?
- JUANA. No sé, señor...
- MANUEL. Con los trajes
seguirán entretenidas...
- JUANA. Sin duda.
- VALENTIN. Puedes marcharte.
- JUANA. (No creí salir tan bien
librada de este combate.) (Vase fondo derecha.)

ESCENA XI.

MANUEL y VALENTIN.

- VALENTIN. Y ahora, tú ten la bondad
de estarme atento.
- MANUEL. Por Dios...
- VALENTIN. Que vamos á hablar los dos
con mucha formalidad,
y á la fuerza me has de oír.
- MANUEL. ¡Tenacidad más extraña!
- VALENTIN. ¡Manuel, que Eduardo te engaña!
- MANUEL. Sin querer, me haces reír.
- VALENTIN. Y rabiár á mí tu flema.
- MANUEL. Porque no comprendes, ciego,
que esa flema es el sosiego
que da un prudente sistema.
- VALENTIN. ¿Y ya nada has de temer
porque te juzgas astuto?
- MANUEL. Yo no creo, en absoluto,
impecable á la mujer:
ni tan poco acatamiento
dedico á su estimacion,
que haga su virtud, cuestion
no más de temperamento.
- VALENTIN. Me espanta tu buena fé.
- MANUEL. El pecado no concibo
sin que lo inspire un motivo,
sin que obedezca á un porqué
- VALENTIN. Corriente: pero quizá

motivo y porqué, podría
tener tu mujer.

MANUEL.

¿La mía?

Ni los tiene, ni tendrá.
En todos los actos buenos
como en los malos, lo mismo,
entra mucho el egoísmo
é influyen el más y el ménos.
Esta es la pura verdad
y por eso yo, al casarme,
decidí no despojarme
de la superioridad,
que mostré á Cármen ufano,
que ella en mí reconoció
y que, al fin; me conquistó
su corazón y su mano.

VALENTIN.

¿Y piensas que no habrá alguno
á sus ojos más galante,
más cumplido, más amante,
y más?...

MANUEL.

¿Más que yo? Ninguno.

VALENTIN.

Admiro tu presuncion;
mas debes tambien saber
que en sus actos la mujer
es toda contradiccion;
que la tuya, por lo tanto
que tal grandeza ve en tí,
en otro que sea... así, (Indicando muy baja estatura.)
encontrará nuevo encanto;
que tú, echándola de listo,
obras como un colegial;
que protejes á un rival,
que tengo su juego visto:
que esquinazo al muy pelmazo
pensamos darle tú y yo,
y él fué, Manuel, quien nos dió
á los dos el esquinazo;
que el propósito colijo,
que Juana miente recelo,
que yo no trago el anzuelo,
que Eduardo está aquí, de fijo;
que tu carácter apático
da pábulo á su o adia;
que á tu mujer... ¡y á la mía!
va siendo el tal muy simpático;
y que si tú, nada ducho,

el riesgo, que te amenaza,
sufres con esa cachaza
por creer que vales mucho,
no esperes que yo haga tal,
que un marido, aún de los buenos,
siempre, Manuel, vale ménos,
mucho ménos que un rival.

MANUEL. Será en Avila.

VALENTIN. No creas:

eso en todas partes es;
sólo que tú no lo ves
y es preciso que lo veas.

MANUEL. Si tú te empeñas, al fin
me harás ver...

VALENTIN. La realidad.

MANUEL. ¡Dios mio! ¿Será verdad (Preocupado.)
lo que dice Valentín?...

VALENTIN. ¿Lo dudas?

MANUEL. ¡Fuera chistoso
que, por ser tan confiado,
sin haberlo yo notado,
estuviera haciendo el oso!

VALENTIN. ¡No te extrañe, pobre iluso!

MANUEL. Pero hombre, ¿á quién se le alcanza?...

VALENTIN. La excesiva confianza
siempre ha engendrado el abuso.

MANUEL. No tienen explicación
ciertos hechos...

VALENTIN. Me hago cargo.

MANUEL. Y suceden, sin embargo.
La súbita aparición (Mas preocupado cada vez.)
de Eduardo... tendrá que ver,
vamos, que ese majadero!...

VALENTIN. Yo de ningún modo quiero
ultrajar á tu mujer;
mas con Eduardo la vi
tan... expresiva y tan...

MANUEL. ¡Oh!

Pero si el caso es que yo,
yo se lo he encargado!

VALENTIN. ¿Sí?

¡La vanidad cuánto ciega
á los míseros mortales!...

Ya estás viendo lo que vales
cuando un tonto te la pega.

MANUEL. ¿Pues sabes lo que te digo,

- no obstante mis buenos modos?
 ¡Que ya pueden tener todos
 mucho cuidado conmigo!
- VALENTIN. ¡Y conmigo, si señor!
- MANUEL. ¿Tú por qué te has de alterar?
- VALENTIN. Porque tambien he de estar
 con Tomasa ojo avizor.
- MANUEL. El tal Eduardo, á fé mia,
 no es poco audaz y resuelto.
 ¿Y tú temes que haya vuelto?
- VALENTIN. Yo casi lo apostaria.
- MANUEL. ¿Y así te estás?
- VALENTIN. Dí, ¿qué quieres
 que hagamos en el asunto?
- MANUEL. Pues sorprenderlos al punto:
 ¡confundir á las mujeres!
- VALENTIN. Mas no se van á dejar.
- MANUEL. Vamos á su cuarto.
- VALENTIN. Bien;
 ¿pero esperas que nos den
 su permiso para entrar?
- MANUEL. ¿Qué permiso? ¡Lo tomamos!
- VALENTIN. ¿Y capaz serias...? (Satisfecho.)
- MANUEL. ¡Digo!
 Ven á verlo.
- VALENTIN. Ya te sigo.
- MANUEL. ¡Para permisos estamos!
- (Vanse precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

TOMASA y CÁRMEN.

- TOMASA. ¡No me puedo contener! (Saliendo con Cármén por la
 puerta primera de la derecha.)
- CÁRMEN. ¡Ni yo con calma sufrir!...
- TOMASA. ¿Quién habia de decir?...
- CÁRMEN. ¿Quién habia de creer?...
- TOMASA. Ya has oido á mi marido.
- CÁRMEN. Y tú al mio has escuchado.
- TOMASA. ¡Qué hombre tan desconfiado!
- CÁRMEN. ¡Qué señor tan... presumido!
- TOMASA. ¡Oh! Ya que sin ton ni son

- me ultrajó, se ha de acordar.
 CÁRMEN. Le juro que ha de purgar su arrogante presunción.
 TOMASA. Ya no es posible entendernos, ni ha de acabar bien la cosa.
 CÁRMEN. ¡Todo á él! ¡Nada á la esposa!
 TOMASA. ¡Que vuelven!
 CÁRMEN. ¡A defendernos! (Se retiran á un extremo hablando y sin cuidarse de Manuel y Valentin.)

ESCENA XIII.

Dichas, MANUEL y VALENTIN.

- MANUEL. ¿Dónde estarán? (Desde la puerta de la izquierda á Valentin que le sigue.)
 VALENTIN. ¿Era injusto mi temor?
 MANUEL. ¡Míralas! (Viendo á Tomasa y Cármen.)
 VALENTIN. ¡Oh!
 CÁRMEN. ¿Quién? (Fingiendo gran sorpresa, dando un grito y volviéndose de pronto.)
 TOMASA. ¿Quién va? (Haciendo lo mismo que Cármen.)
 MANUEL. Yo soy. (En tono brusco.)
 VALENTIN. Soy yo.
 TOMASA. ¡No nos han dado mal susto!
 VALENTIN. No veo á Eduardo, Manuel, (Aparte á Manuel.) y fracasó nuestro intento.
 MANUEL. Hay que acechar el momento (Aparte á Valentin.) de sorprenderlas con él.
 ¿Dónde se habian metido ustedes? (A Tomasa y Cármen tratando, sin conseguirlo, de aparecer tranquilo.)
 CÁRMEN. Allí: Tomasa tuvo empeño en ver la casa... (Señalando á la puerta de la derecha.)
 MANUEL. Bien, ¿y el susto por qué ha sido?
 VALENTIN. Es verdad: ¿á qué esos gestos?...
 CÁRMEN. Yo tengo aquí una opresion... (Indicando el pecho.)
 TOMASA. Pues si entran de sopeton.
 CÁRMEN. Y despues... tan ¡descompuestos!
 MANUEL. ¡Descompuesto yo! Apurado y arreglándose la corbata y el chaleco.)
 VALENTIN. Re iste. (Aparte á Manuel.)

- MANUEL. (Señor, ¿por qué lo dirá?) (Arreglándose el pelo y el bigote, convencido de que el chaleco y la corbata están bien.)
- CÁRMEN. No te compongas, que ya el mal efecto lo hiciste.
- MANUEL. ¿Mas por qué? (Confundido.)
- TOMASA. También á mí me lo ha hecho.
- MANUEL. No me lo explico.
- ¿Notas algo?... (Consultando á Valentín.)
- VALENTÍN. (Después de examinar á Manuel.) Nada, chico.
- CÁRMEN. ¿Cuándo le he visto yo así?
- MANUEL. Mas, ¿cómo me ves? (Casi desesperado.)
- VALENTÍN. ¡Quimeras! (Tratando de apaciguar á Manuel.)
- CÁRMEN. ¡Ay! ¡Qué tonto! (Riéndose de Manuel, que continúa ocupándose de su atavío.)
- MANUEL. ¡Ese lenguaje!... (Incomodado.)
- TOMASA. Si Carmen no alude al traje. (Riéndose.)
- CÁRMEN. Me refiero á tus maneras.
- VALENTÍN. ¡Eh!
- MANUEL. ¡Qué!
- TOMASA. Perdió usted el compás. (A Manuel.)
- CÁRMEN. ¡Y aún no quieres que me asombre!... Para mí, ya eres un hombre lo mismo que los demás. (Con mucha intencion.)
- MANUEL. ¡Cómo lo mismo! ¡Eso no! (Incomodándose más.)
- ¿Qué quieres darme á entender?
- CÁRMEN. Si lo deseas saber...
- VALENTÍN. ¡Firmeza! (Y ahora entro yo.) (La primera palabra á Manuel, las demás aparte y dirigiéndose á Tomasa.)
- MANUEL. Sin palabras estudiadas me lo has de decir al cabo. (A Carmen.)
- CÁRMEN. ¡Bravo, Manuel! (Muy satisfecha.)
- MANUEL. ¡Cómo bravo! (Más incomodado.)
- CÁRMEN. ¡Gracias á Dios que te enfadas!
- VALENTÍN. Doña Tomasa, un instante hablar con usted deseo. (Con mucha finura aparente, mientras Carmen y Manuel continúan departiendo al otro extremo con marcada animacion.)
- TOMASA. ¡Gracias á Dios, que te veo conmigo fino y galante!
- VALENTÍN. Hágame usted el favor...
- TOMASA. ¡Por favor... y hasta de usted!
- MANUEL. ¡Contenerme no podré!...
- CÁRMEN. Sigue, ¡estás encantador!
- VALENTÍN. Tengamos la fiesta en paz...

TOMASA. ¡Sublime!
 MANUEL. ¡Yo pierdo el tino!...
 CÁRMEN. ¡Te digo que estás divino
 con ese gesto de agraz!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, EDUARDO y JUANA.

EDUARDO. ¿Conque han vuelto á casa? (A Juana, con la que sale por el fondo derecha.)

JUANA. Sí,
 allí están. (Indicando á Manuel y Valentin, y yéndose despues por el fondo izquierda.)

EDUARDO. ¡Vaya un petardo!

Señores... (Presentándose.)

VALENTIN. ¡Es-él!

MANUEL. ¡Eduardo!

Ven acá. (Saliendo al encuentro de Eduardo y llevándosele á un extremo.)

VALENTIN. Venga usted aquí. (Llevándose á Eduardo al otro extremo.)

EDUARDO. ¡Ay! ¡Por Dios, ó harán que estalle!

TOMASA. ¡Pues no es mal tragin!... (Por Eduardo.)

MANUEL. ¡Responde! (A Eduardo.)

¿De dónde vienes?

VALENTIN. ¿De dónde? (A Eduardo.)

EDUARDO. ¡Pues me gusta! ¡De la calle!

(Al oírle le sueltan Manuel y Valentin.)

Contento estoy con los dos.

CÁRMEN. ¿Qué le han hecho?

TOMASA. ¿Qué ha pasado?

EDUARDO. Que en la esquina me han plantado.

TOMASA. ¡No tienen perdon de Dios!

MANUEL. Reprímete.—Cómo ha sido

no sé. (La primera palabra aparte á Valentin.)

VALENTIN. Ni yo. ¿Qué interés?...

MANUEL. Justo.

EDUARDO. Sí; mas lo cierto es...

VALENTIN. Es... que nos hemos perdido.

EDUARDO. Y que encuentro aqui á los cuatro.

TOMASA. ¿No se quiere usted sentar? (A Eduardo indicándole una silla próxima.)

VALENTIN. No, nos vamos á buscar los billetes del teatro. (Interceptando el paso á Eduardo.)

- MANUEL. ¡Buena idea! (Tomando su sombrero.)
 EDUARDO. Mas espero
 que otra vez no se repita...
- VALENTIN. ¡Cá!
- EDUARDO. Adios, Cármen, Tomasita... (Despidiéndose.)
 VALENTIN. ¡Vaya! Tome usted el sombrero.
 (Presentándole uno y reservándose otro.)
 ¡Hombre! Y si no hay razon obvia
 que se oponga muy de frente,
 podríamos ver el puente
 de la calle de Segovia.
- MANUEL. ¿No le has visto?
- VALENTIN. No, Manuel,
 y tengo capricho...
- EDUARDO. (¡Horror!)
 ¿Conque el puente?
- VALENTIN. Sí señor.
- EDUARDO. (¿Si me querrá echar por él?)
- VALENTIN. Cúbrase usted. (A Eduardo.)
 EDUARDO. No hace frio.
- CÁRMEN. Sí, Eduardo; no se moleste...
- EDUARDO. ¿Pero qué sombrero es este? (Poniéndose el que le dió
 Valentin, que le estará muy ancho.)
- VALENTIN. Perdone usted. Le di el mio. (Quitándose el que al
 mismo tiempo se habrá puesto y le estará muy estrecho,
 y cambiándole con el de Eduardo.)
 (No irá Eduardo al puente, no.)
- EDUARDO. ¿Andando?
- MANUEL. ¿Andando?
- VALENTIN. Vamos...
- EDUARDO. Por mí...
- TOMASA. Divertirse mucho. (Despidiéndoles con sorna.)
 MANUEL. ¡Sí,
 mucho!
- VALENTIN. ¡Lo que es yo!...
- EDUARDO. ¡Pues yo!...
- MANUEL. Abur.
- EDUARDO. (Volveré despues.)
- MANUEL. Anda, hombre. (A Eduardo, que se queda rezagado.)
 VALENTIN. ¿Quiere usted andar? (A Eduardo, á
 quien hace pasar delante.)
- CÁRMEN. ¡Manuel, me la has de pagar! (En son de amenaza,
 mirando al fondo, por donde desaparecen Manuel, Valen-
 tin y Eduardo.)
- TOMASA. ¡Nos la pagarán... los tres!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete de Cármen.—Puerta al fondo: en primer término, á la izquierda, otra puerta: á la derecha un balcon.—Armario de espejo á la derecha.—A la izquierda un *bureau*: encima un reló; y jarrones con flores. En el centro un velador.

ESCENA PRIMERA.

TOMASA y CÁRMEN.

TOMASA. Haremos lo que te digo.
CÁRMEN. La broma es algo pesada...
TOMASA. Mas la tienen merecida,
y aún nos deben dar las gracias
de que todo sea broma.
CÁRMEN. No vayamos á ir por lana...
TOMASA. En último resultado,
si las cosas van mal dadas,
lo tomamos por lo sério,
les decimos muy al alma
lo que debemos decirles,
y verás cómo las ganas
se les quitan de faltarnos
otra vez, como nos faltan.
CÁRMEN. ¿Y el otro?
TOMASA. ¿El otro? También
ha de llevar su matraca.

CÁRMEN. Entónces matar tres pájaros
podemos de una pedrada.
TOMASA. Mis propósitos son esos.
JUANA. Señorita... (Entreabriendo cautelosamente la puerta del
fondo.)
CÁRMEN. ¿Quién?
TOMASA. Es Juana.

ESCENA II.

Dichas y JUANA.

CÁRMEN. ¿Le has visto? (A Juana que se adelanta con una carta.)
JUANA. Sí, señorita.
TOMASA. ¿Y qué?...
JUANA. Me ha dado esta carta. (Entregándola a
Cármén.)
CÁRMEN. ¿A ver?... El sobre está en blanco.
TOMASA. Como debe estar.
CÁRMEN. Tomasa,
mira, mira lo que dice. (Enseñando la carta a Tomasa
después de abrirla y enterarse de su contenido.)
TOMASA. ¡Magnífico! Ni dictada...
CÁRMEN. ¿Y te ha dicho que vendrá?
JUANA. Me ha dicho que no hará falta.
¡Y de qué modo lo ha dicho!...
Los ojos se le saltaban
de gozo...
TOMASA. ¡Pobre muchacho!
CÁRMEN. ¿Le defiendes?
TOMASA. Me da lástima.
JUANA. Su aturdimiento era tal,
que esta vez—cosa bien rara—
ni siquiera intentó darme
el abrazo de ordenanza.
TOMASA. Parece que lo lamentas.
JUANA. ¿Yo? No señora.
TOMASA. Pensaba...
JUANA. Lo apunto como detalle
que dar puede idea exacta
del estado...
TOMASA. Ya comprendo.

- JUANA. Así como siendo franca,
debo decir que, si no
me dió el apretón de marras,
me dió en cambio estos dos duros
más relucientes... (Enseñando dos monedas que despues
guarda.)
- CÁRMEN. ¡Muchacha!
¿Y los has tomado?
- JUANA. Como
usted no me advirtió nada...
- TOMASA. Está claro, ella en la duda...
- JUANA. El primer impulso...
- CÁRMEN. Basta.
- TOMASA. Lo que ahora conviene es ver
cómo te das buena maña
para que los señoritos
te sorprendan esta carta. (Devolviendo á Juana la que
trajo, despues de ponerle otro sobre.)
- JUANA. Déla usted por sorprendida.
- CÁRMEN. Pero procura ser cauta
y no descubrir...
- JUANA. Ya sé:
¡verá usted qué lio se arma!
- TOMASA. Sí, sí, Juana: ¡mucho lio,
mucho!
- CÁRMEN. ¿Y volvieron á casa?
- JUANA. Sí señora, ya hace rato.
- CÁRMEN. No sé por qué se recatan
de nosotras de ese modo.
- TOMASA. Valentin haciendo cábalas
estará y viendo... visiones.
- CÁRMEN. Y Manuel, como una dama,
poniéndose muy bonito...
- TOMASA. Sin duda.
- MANUEL. ¿Se puede? (Desde dentro y despues de dar
dos golpes en la puerta del fondo.)
- CÁRMEN. (A Tomasa.) Calla.
- TOMASA. ¿Son ellos?
- VALENTIN. ¿Se puede? (Con impaciencia y dando dos
golpes más fuertes en la puerta.)
- CÁRMEN. Vete. (A Juana que desapa-
rece por el fondo sin ser vista de Manuel y Valentin.)
Adelante. (Como contestando á Manuel y á Valentin que
instantáneamente aparecen en el fondo.)
- TOMASA. Pasen. (A Valentin y Manuel.)
- MANUEL. Pasa. (A Valentin.)

ESCENA III.

CÁRMEN, TOMASA, MANUEL y VALENTIN.

- VALENTIN. No me podré contener. (A Manuel.)
 MANUEL. Haz un esfuerzo.—Señora... ¡(Saludando á Tomasa despues de decir á Valentín la primera frase.)
 VALENTIN. Muy buenas tardes.
 CÁRMEN. Ya era hora de que se dejaran ver.
 TOMASA. Hace más de dos y media que de este cuarto han salido...
 CÁRMEN. Pero el palco habrán traído para ver esa comedia, cuyo principal actor es un tipo tan chistoso.
 TOMASA. ¿La del marido... celoso?
 CÁRMEN. La del tonto, dí mejor.
 MANUEL. Mi intencion fué esa.
 VALENTIN. Y la mia; mas con ella me quedé.
 CÁRMEN. ¡Vienen sin palco!
 TOMASA. ¿Y por qué?
 MANUEL. Porque... ya no los habia.
 TOMASA. ¿Y de qué sirve el influjo?...
 CÁRMEN. ¡Bah! No te canses, Tomasa; su salidita de casa...
 TOMASA. Fué de tono.
 VALENTIN. ¡Qué!
 CÁRMEN. Y de lujo.
 VALENTIN. Debimos con dos pistolas quitar el palco á la gente.
 CÁRMEN. Ya has visto cuán tontamente nos han dejado aquí solas.
 MANUEL. Nos juzgan ustedes mal.
 TOMASA. Es que ustedes no son buenos.
 CÁRMEN. ¡Si nos hubieran al ménos dejado á Eduardo!...
 TOMASA. Cabal.
 VALENTIN. ¿Oyes? (A Manuel.)
 MANUEL. A haberlo sabido...
 VALENTIN. ¡Y pian por él las dos!)
 TOMASA. ¡Oh! Con Eduardo, no nos

- habríamos aburrido.
 Por supuesto.
- CÁRMEN. Ya la copa
 VALENTIN. colmada está. (A Manuel.)
 MANUEL. Valentin, (A Valentin.)
 que no es ocasion...
- TOMASA. En fin,
 gracias á tu guardaropa,
 que hizo el gasto.
- CÁRMEN. ¡Mi equipaje!
 Pues si no vale...
- MANUEL. ¡Qué escucho!
 No valdrá; mas cuesta mucho.
- TOMASA. ¡Pues si tienes tanto traje!
- MANUEL. No sé por qué los rebajas.
- TOMASA. La mitad tendré yo apénas. (Lamentándolo y mirando á Valentin.)
 Y te sobran dos docenas.
- VALENTIN. Dime, y ¿cómo estás de alhajas? (A Cármen.)
- TOMASA. Cuando quieras verlas puedes. (A Tomasa.)
- TOMASA. Ya estoy queriendo.
- CÁRMEN. Y yo lista.
- TOMASA. Señores... hasta la vista. (Con frialdad y dirigiéndose á la primera puerta de la izquierda.)
- CÁRMEN. Con el permiso de ustedes. (Con marcada indiferencia y siguiendo á Tomasa.)

ESCENA IV.

MANUEL y VALENTIN.

- MANUEL. ¡Pues me gusta!
- VALENTIN. ¡Mi coraje
 al fin tiene que estallar!
- MANUEL. ¡Prudencia!
- VALENTIN. ¿Cómo aguantar
 la mofa tras el ultraje?
- MANUEL. ¿Qué estás diciendo? No trato
 de que á ese punto lleguemos;
 pero tampoco debemos
 meterlo todo á barato.
 Lo que logramos así,
 sin fundar la queja bien,
 es que una y otra se estén

- burlando de tí y de mí.
 VALENTIN. ¿Y qué, para alzar el grito,
 qué es lo que aguardas?
- MANUEL. Aguardo...
 sorprenderlas con Eduardo:
 cogerlas en el garlito.
- VALENTIN. Mira que eso es arriesgar
 demasiado: en mi sentir,
 mejor fuera prevenir
 que tener que lamentar.
- MANUEL. Hay que ver si es positivo
 el mal, ó de lo contrario...
- VALENTIN. ¡Y yo soy tan partidario
 del sistema preventivo!...
 Por eso, por mi conducto,
 se hubiera acabado todo
 de una vez.
- MANUEL. ¿Y de qué modo?
- VALENTIN. Sólo con ir al viaducto:
 tiro á Eduardo de cabeza,
 y ya...
- MANUEL. ¡Providencia sabia!
- VALENTIN. Muerto el perro...
- MANUEL. Ya no hay rabia.
 No digas tanta simpleza.
- VALENTIN. Si no se escurre el bribon,
 no volvemos los que fuimos.
- MANUEL. Ya que el sosiego perdimos,
 no perdamos la razon.
- VALENTIN. Muy de sobra la tenemos.
- MANUEL. No, Valentin.
- VALENTIN. ¿Quién lo duda?
- MANUEL. La razon jamás escuda
 tan insensatos extremos.
 A más, que á veces se exalta
 uno por indicios...
- VALENTIN. ¡Cá!
- MANUEL. Bien, la culpa existirá;
 pero la prueba nos falta.
 Sin tenerla, entre unos y otros
 y al tratar de buscar ruido,
 ¿qué es lo que hemos conseguido?
 Que se rían de nosotros.
 Por tanto, á rechifla nueva
 no es prudente aventurarse;
 de culpa, que ha de imputarse,

- quiero ántes tener la prueba;
quiero evitar con cordura,
si damos el golpe al cabo,
que, en vez de darlo en el clavo,
lo demos en la herradura.
- VALENTIN. Claro está que nos conviene
tener la prueba; es decir,
¿qué nos ha de convenir?
¿Pero, en fin, cómo se obtiene
esa prueba malhadada
cuando es menester?
- MANUEL. Se emplea
la astucia...
- VALENTIN. Tengo una idea.
Sobornar á la criada.
- MANUEL. Ese medio es muy gastado.
- VALENTIN. Si responde á nuestro objeto...
- MANUEL. Lo juzgo poco discreto.
- VALENTIN. Mas si da buen resultado,
porque alarde se esté haciendo
de discrecion ¿quién aboga?
¡Ay! Piensa que quien se ahoga
se agarra de un clavo ardiendo.

ESCENA V.

Dichos y JUANA.

- MANUEL. Eso sí. (Hablando con Valentin.)
- VALENTIN. Sin duda alguna. (A Manuel, con quien continúa hablando.)
- JUANA. (Allí están.) (Por Valentin y Manuel, y apareciendo cautelosamente por la puerta del fondo con una carta en la mano.)
- MANUEL. Tienes razon.
- JUANA. (Y solos. No habrá ocasion que sea más oportuna.)
- MANUEL. Ella se resistirá
porque es bastante ladina.
- VALENTIN. Mediando buena propina,
yo ereo que cederá.
- MANUEL. Puede ser.
- VALENTIN. Déjame á mí,
y ya verás si es posible...

- JUANA. (¡Si me habré vuelto invisible!...) (Cerca de la puerta de la izquierda, á donde habrá llegado procurando que la sorprendan.)
- MANUEL. ¡Eh! ¿Quién va? (Volviéndose, lo mismo que Valentín, al percibir el ruido que produce Juana al tropezar con un mueble.)
- VALENTIN. ¿Quién anda ahí?
- JUANA. ¡Ay! (Fingiéndose terror.)
- MANUEL. ¡Juana! (Sorprendido.)
- JUANA. ¡Los señoritos! (Ocultando con torpe aturdimiento la carta en el pecho.)
- VALENTIN. ¡Y oculta un papel! (Asombrado y receloso.)
- MANUEL. ¿Qué has hecho? (Reconociendo á Juana.)
- JUANA. Yo no he ocultado... (Como turbada y procurando sincerarse.)
- VALENTIN. ¡En el pecho!
- JUANA. ¡Ay de mí! (Desesperada.)
- MANUEL. ¡Vaya unos gritos!
- VALENTIN. Ya es inútil la ficción.
- MANUEL. Dános pronto ese papel.
- VALENTIN. ¡La Providencia, Manuel!
- JUANA. ¡Tengan de mí compasión!
- MANUEL. La tendremos, si no gritas.
- VALENTIN. ¿Será una carta? De fijo. Entrégala, pues. (Después de una afirmación de Juana.)
- MANUEL. Lo exijo.
- JUANA. ¿Qué dirán las señoritas!
- ¡Oh! ¡No!
- VALENTIN. ¿Te niegas?
- JUANA. Me niego.
- MANUEL. Da la carta.
- VALENTIN. Y sin chistar.
- JUANA. Me la podrán arrancar; mas lo que es yo no la entrego.
- VALENTIN. Pues yo te la arrancaré. (Decidido á apoderarse de la carta.)
- JUANA. ¡Qué va usted á hacer! (¡Qué atrevido!) (Defendiéndose verdaderamente alarmada.)
- VALENTIN. A todo estoy decidido.
- JUANA. ¡Ay! Entonces... tome usted. (Sacando la carta del pecho.)
- Pero que yo no la he dado (Retirando la carta cuando iba á apoderarse de ella Valentín.)
- ha de constar.
- VALENTIN. Basta ya. (Apoderándose de la carta.)

- JUANA. (¡Gracias á Dios!)
- MANUEL. Constará
que te la hemos arrancado.
- VALENTIN. ¡Logramos la prueba, al fin! (A Manuel, y llevándose
sele á un extremo.)
- MANUEL. ¡Me será Cármen infiel!...
- VALENTIN. Tengamos calma, Manuel.
- MANUEL. Mucha calma, Valentín.
¿Dice el sobre?...
- VALENTIN. ¿El sobre?... Nada.
- MANUEL. ¡Viene en blanco! (Examinando la carta que le habra
dado Valentín.)
- VALENTIN. ¡Dame! ¡Dame!
¡Será Tomasa la infame! (Abriendo la carta que le ha
brá devuelto Manuel.)
- JUANA. (¡Ya la tenemos armada!)
- MANUEL. ¿Constituye prueba?...
- VALENTIN. ¡Y gorda! (Después de haber
leído la carta y dándosela á Manuel.)
- MANUEL. A ver...
- JUANA. Señor, ¿me voy ya? (A Valentín mientras Ma
nuel lee la carta.)
- VALENTIN. Usted de aquí no se va
hasta que yo...
- JUANA. No estoy sorda;
me estaré...
- VALENTIN. ¿Abultaba yo? (A Manuel.)
¿Qué te parece la esquila?
- MANUEL. Que la culpa nos revela;
pero á la culpable no.
«A fin de no dar traspiés, (Leyendo la carta.)
»que siesta prudente evita,
»juro acudir á la cita
»cuando estén dando las tres.»
- VALENTIN. La siesta rompe la gasa
que encubre á la pecadora.
- MANUEL. ¡Oh! ¡Cármen es la traidora!
- VALENTIN. ¡No! ¡La traidora es Tomasa!
- MANUEL. De aprension estás enfermo...
- VALENTIN. Claro el mal se manifiesta.
- MANUEL. Es que yo... duermo la siesta.
- VALENTIN. Es que yo... ¡tambien la duermo!
- MANUEL. ¿Luego ignoramos, al fin,
cuál de las dos es la infiel?
- VALENTIN. Tengamos calma, Manuel.
- MANUEL. Mucha calma, Valentín.

- JUANA. (Pues no se armó gran jarana.)
 VALENTIN. Ahoguemos nuestro coraje.
 MANUEL. Sí, y con maña...
 VALENTIN. Y algun gaje
 nos lo dirá todo Juana.
 Muchacha. (Llamándola.)
 JUANA. (Ay! ¿Qué manda usted?)
 MANUEL. No tengas ningun temor.
 JUANA. ¿Ya no me guardan rencor?...
 VALENTIN. ¿Nosotros rencor?
 MANUEL. ¿Por qué?
 JUANA. Por la carta, que iba á dar...
 MANUEL. Miren ahora con qué viene...
 VALENTIN. ¡Pues si esa carta... no tiene
 nada de particular!
 ¡Qué ha de tener!...
 MANUEL. (No me fio.)
 JUANA. Puedes entregarla...
 JUANA. ¿A quién?
 VALENTIN. A... quien sea.
 JUANA. Está muy bien.
 (¡Pues yo he de armar mucho lío!)
 MANUEL. Sin embargo, si tú quieres
 revelarme ese secreto... (Llevándose á un lado á Juana
 con quien sostiene el diálogo.)
 JUANA. ¿Yo?... Si fuera usted discreto... (Mirando con in-
 tencion á Valentín que se pasea por el otro extremo.)
 MANUEL. Guarda eso para alfileres. (Dándole una moneda.)
 JUANA. Ya esto prueba discrecion.
 MANUEL. Y espera de tí otra cosa.
 ¿La carta es?...
 JUANA. Para la esposa
 de don Valentín. ¡Chiton! (Con cautela y conteniendo
 un ademan de sorpresa de Manuel.)
 MANUEL. (¡Pues claro! ¡Si no podia
 dar mi mujer al olvido
 lo que vale su marido!
 ¡Y este me compadecia!... (Por Valentín, que se le
 irá aproximando.)
 Mas ¿quién le dice?... Eso es grave.)
 VALENTIN. ¿Qué te ha dicho la criada?
 MANUEL. No le pude sacar nada.
 VALENTIN. ¿Nada?
 MANUEL. Sin duda no sabe...
 VALENTIN. ¡Es extraño!... Voy á ver
 si soy más afortunado.

- MANUEL. (Yo tomaré á mi cuidado lo que debiera él hacer.)
- VALENTIN. Juanita, ten la bondad... (Dirigiéndose á Juana que estará al extremo opuesto.)
- JUANA. (Sonsacarme, de seguro, querrá tambien...)
- VALENTIN. (Este duro me va á pescar la verdad.) (Sacando uno de su bolsillo.)
- JUANA. Señor... (Aproximándose á Valentín.)
- VALENTIN. Toma. (Dándole la moneda.)
- JUANA. ¿Y para qué?
- VALENTIN. Para que más confiada seas y no tan callada.
- JUANA. ¡Ay! ¡Qué cosas tiene usted! (Guardando la moneda y recatándose de Manuel.)
¿Pretende que por los codos vaya hablando á todos yo?...
Hay ciertas cosas que no se pueden decir á todos.
- VALENTIN. Pero á mí...
- JUANA. Ya es diferente. (Mirando con intencion á Manuel, que estará paseando en el otro extremo.)
- VALENTIN. Dime quién va á recibir esa carta... ¡Sin mentir!
- JUANA. ¿Me ofrece usted ser prudente?...
- VALENTIN. Sin que alborotos te alarmen, descúbreme lo que pasa.
¿La carta es para Tomasa?
- JUANA. ¡Cá! No: para doña Cármen. (Con misterio.)
- VALENTIN. (¿Qué tal, eh?)
- JUANA. Sea usted mudo.
- VALENTIN. No diré esta boca es mía.
(¡Y este duda todavía!...
¡Si será el hombre tozudo!) (Per Manuel.)
- JUANA. (Si no hay la de San Quintín, culpa mía no será.)
- MANUEL. (Sospecho que Juana habrá engañado á Valentín.)
- VALENTIN. (La reserva no me choca que con él Juana guardó.
¿Y debo decirle yo?...
Ya sé lo que hacer me toca.)
- MANUEL. ¿Qué sabes? (A Valentín.)
- VALENTIN. Nada, Manuel.
- MANUEL. ¿No has logrado sonsacar?...

VALENTIN: Ni esto: se empeña en callar.

MANUEL. (¡Cómo va á decirle á él!...)

VALENTIN. (¡Doña Carmen, nos veremos!

¡Se las habrá usted conmigo!)

MANUEL. ¿Dices algo? (A Valentín.)

VALENTIN. No, no digo...

MANUEL. Vamos á ver: ¿y qué hacemos?

VALENTIN. Lo que te parezca á tí.

MANUEL. Yo no sé qué te aconseje.

VALENTIN. (Haré que solo me deje.)

MANUEL. (Voy á alejarle de aquí.)

Hombre, vistos tus deseos,

paso á formular un plan.

JUANA. (¡Para qué, señor, serán

todos esos cuchicheos!)

MANUEL. Las tres ménos veinte son. (Mirando su reloj.)

VALENTIN. La misma hora manifiesta

mi reloj. (Después de haberlo visto.)

MANUEL. Hora de siesta.

VALENTIN. ¡Es verdad! ¡Tienes razon!

Te vas á dormir un poco...

MANUEL. No, ve tú...

VALENTIN. Tú, tú.

MANUEL. ¡Qué empeño!

VALENTIN. Si es que yo no tengo sueño.

MANUEL. Ni yo le tengo tampoco.

VALENTIN. ¿Sabes lo que pienso hacer?

MANUEL. ¡Qué se yo! Alguna imprudencia.

VALENTIN. Tener una conferencia

á solas con tu mujer.

MANUEL. ¿Con la mía?

VALENTIN. Con la tuya.

MANUEL. ¡Bravo!

VALENTIN. ¿No te opones?

MANUEL. No.

(De ese modo, podrá yo

conferenciar con la suya.)

Es una idea excelente.

VALENTIN. Y de Tomasa ¿qué haré?

Porque allí me estorba.

MANUEL. ¿Qué?

Me la echas aquí.

VALENTIN. Corriente.

—Juana. (Li mándola.)

JUANA. Señor. (Ya estaba harta

de verme tanto há de non.)

- MANUEL. Escucha: sin dilacion,
puedes dar curso á esa carta.
- VALENTIN. Y para asunto de urgencia,
que de interés considero,
dí á doña Cármen que espero
que me conceda una audiencia.
- JUANA. ¡No me armarán poco ruido
las señoras!
- VALENTIN. ¡Qué bobada!
- MANUEL. No las enteres de nada.
- JUANA. Bien. (Sabrán lo ocurrido.)
- VALENTIN. Y no olvides el recado,
que transmitirás así... (Indicando indiferencia.)
- MANUEL. Sin darle importancia, ni...
- JUANA. Pierdan ustedes cuidado. (Vase por la puerta de la
izquierda.)

ESCENA VI.

MANUEL y VALENTIN.

- VALENTIN. Falta que nuestras esposas
quieran hablarnos, y temo...
- MANUEL. ¡Vaya! ¡Pues hasta ese extremo
podían llegar las cosas!
- VALENTIN. ¡Todo se puede esperar
cuando obran sin reflexion!... (Exaltándose.)
- MANUEL. Justo: ¡cuando la razon
no las puede sujetar!... (Exaltándose más.)
- VALENTIN. ¡Y vuelan, como un *expres*,
sin freno, fuera de quicio!
- MANUEL. ¡Y mirando un precipicio
abierto siempre á sus piés!
- VALENTIN. ¡Pero no te exaltes!
- MANUEL. ¡No!
- ¡Ya no! ¡Ni tú, Valentín!
- ¡Calma!
- VALENTIN. ¡Mucha calma!
- MANUEL. ¡En fin,
tenemos calma tú y yo!



ESCENA VII.

Dichos y JUANA.

- VALENTIN. Aquí viene la criada.
¿Diste el recado? (A Juana que sale por la puerta de la izquierda.)
- JUANA. En seguida;
y tiene usted concedida
la audiencia solicitada.
- VALENTIN. Y la carta... ¿qué?
- MANUEL. Es verdad.
¿La entregaste?
- JUANA. ¿Ya empezamos?
- MANUEL. No, si te lo preguntamos
por mera curiosidad;
en rigor, inoportuna.
La carta se la daría
á mi mujer.
- VALENTIN. No, á la mia.
- JUANA. Pues no se la dí á ninguna.
- MANUEL. ¿Y por qué?
- VALENTIN. ¡Explica, por Dios!...
- MANUEL. ¿Acaso no la admitieron?
- JUANA. Es que, así que me la vieron,
se la tomaron las dos.
- MANUEL. ¡Cómo las dos!
- VALENTIN. ¡Carambola!
- JUANA. Es lo cierto.
- MANUEL. ¿Y se enteraron?...
- JUANA. Sin abrirla, la dejaron
en el guardajoyas.
- VALENTIN. ¡Hola!
- MANUEL. ¿Como que es la tal cartita
una alhaja!
- VALENTIN. Sí, por cierto.
- JUANA. Mas, don Valentín, le advierto
que espera la señorita.
- VALENTIN. ¡Ah! Sí. Voy sin más retardo.
¿Pero puedo ya pasar? (Deteniéndose al llegar á la
puerta de la izquierda.)
- MANUEL. Pues claro.—Y tú... (A Juana, é indicándole que se
vaya.)
- JUANA. (Yo... á acechar

si ha llegado don Eduardo.) (Vase por la puerta del fondo derecha.)

VALENTIN. Que á Tomasa te echaré:
le diré que hablarla tienes.
;Y á ver cómo la entretienes!

MANUEL. Descuida: la entretendré. (Vase Valentin por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

MANUEL.

Tomasa á mí no me oirá
con una gran complacencia;
pero que tenga paciencia,
ya que ocasion á ello da.
A mí tambien la embajada
me desazona y aflije;
pero la amistad lo exige,
y la amistad es sagrada:
muy sagrada, si señor;
á lo ménos, para mí.
Siento pasos por aquí... (Por la puerta de la izquierda.)
;Tomasa! Vaya, valor.

ESCENA IX.

MANUEL y TOMASA.

TOMASA. Me ha indicado mi marido (Saliendo por la puerta de la izquierda.)

que tenia usted que hablarme,
y á venir me he apresurado...

MANUEL. Yo siento...

TOMASA. ;Qué disparate! (Sentándose.)

Creo que tiene tambien
Valentin que hablar con Cármen
y, por lo tanto, viniendo
consigo dos cosas.

MANUEL. ;Cuáles? (Sentándose tambien.)

TOMASA. Complacer á usted...

MANUEL. Mil gracias.

- TOMASA. Y á ellos, á más, no estorbarles.
 MANUEL. Debo, ante todo, hacer una aclaracion importante, sin ánimo de que sirva, Tomasa, para excusarme de agradecer su atencion hácia mí, que ha sido grande. Ni á Valentin, ni á mi esposa, estorbaba usted.
- TOMASA. ¿No? ¡Calle!
 MANUEL. Al contrario.
 TOMASA. No comprendo...
 MANUEL. Yo fui quien, hace un instante, de aqui alejó á Valentin para que hablar nos dejase á usted y á mí.
- TOMASA. ¿Es eso cierto?
 MANUEL. Señora...
 TOMASA. ¿Y tomó el portante mi marido? ¡Qué inocente! ¡Y aun no quiere que le llamen pobre!...
- MANUEL. Y hace bien.
 TOMASA. ¿Por qué?
 Cuando es un bendito... ¡un ángel!
- MANUEL. Pues por eso justamente.
 TOMASA. ¡Ay! No ponga usted el semblante tan fosco y tan... ¡Me da miedo!
- MANUEL. No trate usted de engañarse. Lo que á usted atemoriza no es mi cara.
- TOMASA. Tiene lances.
 Digame usted ¿qué es entónces?
 MANUEL. Pues es... usted ya lo sabe. Es la voz de su conciencia.
- TOMASA. Vamos, amigo, por partes. ¿Me está usted hablando en sério? Con franqueza, ¡qué diantre!
- MANUEL. ¿Lo duda usted?
 TOMASA. De otro modo, ¿cómo habia de escucharle?
- MANUEL. Vaya, dejemos á un lado las susceptibilidades, y tratemos este asunto como debemos tratarle.
- TOMASA. Habrá que tomarlo á risa.

- Empiece usted... á explicarse.
- MANUEL. Pero ¿es posible, Tomasa?... (Con mucha gravedad.)
¿Es posible que?...
- TOMASA. Adelante.
- MANUEL. ¿Es posible que usted, siendo tan buena, tan razonable, tan juiciosa, haya llegado de repente á alucinarse hasta el punto?... ¡Lo sé todo!
- TOMASA. Pues sabe usted más que nadie. Sin embargo, amigo mio, y permita que le ataje porque hacerlo es necesario: yo, que soy muy ignorante, voy á darle una lección muy provechosa y de balde. Usted sabrá; mas no ve, y al que pilla por delante va dando palos... de ciego, que nunca bien se reparan. Á dar uno se prepara para vengar un ultraje. Es muy justo: la razon está toda de su parte; pero tenga usted... ¡mucho ojo! ¡Mucho ojo! Para que, al darle, al inocente no ofenda por castigar al culpable. Y que usted lo pase bien: (Levantándose.) porque se va haciendo tarde, y hablando, hablando, olvidé que lo mucho no complace, y que el buen entendedor con poco tiene bastante. (Vase apresuradamente por la puerta de la izquierda, dejando confundido á Manuel.)

ESCENA X.

MANUEL.

¿Qué es lo que acabo de oír?
Necesito que me aclare
el verdadero sentido
de esas diabólicas frases.

¡Que no ofenda al inocente
por castigar al culpable!!
¿Luego este existe? Está claro. (Levantándose.)
Ahogándome está el coraje
y voy... ¡Tomasa! ¡Tomasa! (Dirigiéndose á la puer-
ta de la izquierda.)

ESCENA XI.

Dicho y VALENTIN.

- VALENTIN. ¡Quita, quita! ¡No la llares,
que su risa con mi humor
hace un terrible contraste!
¡Estoy furioso, Manuel!
- MANUEL. Pues más que yo no es probable.
- VALENTIN. ¿Qué sabes tú?
- MANUEL. ¿Pues y tú?
¡Tomasa acaba de darme
un revolcon!...
- VALENTIN. ¿Qué ha de ser
como el que me ha dado Cármen!
¡Y la cosa trae cola,
y mucha!
- MANUEL. ¡Que si la trae!
- VALENTIN. Te lo voy á contar todo.
- MANUEL. Yo tambien he de contarte...
- VALENTIN. La muchacha, en confianza,
me dijo que iba á entregarle
la cartita consabida
á tu mujer.
- MANUEL. ¡Ay! ¡Qué infame!
¡Y á Tomasa á mí me dijo!
- VALENTIN. ¡No ha armado mal zipizape!
Lo cierto es que decidí,
en lugar de alborotarte,
exigir de su conducta
explicaciones á Cármen.
- MANUEL. Como he hecho yo con Tomasa.
- VALENTIN. Dame un abrazo, aunque en balde
nuestros oficios han sido. (Se abrazan.)
- MANUEL. ¡Qué han de serlo! ¿Tú no sabes
lo que acaba de decirme
tu mujer?

- VALENTIN. ¿Yo? No.
- MANUEL. Pues... ¡pásmate!
Me ha dicho... ¡que sé y no veo!
¡Que tenga mucho ojo!
- VALENTIN. ¡Calle!
Pues la tuya á mí me advierte,
con intencion semejante,
que... ¡aguce mucho el oido!
¡Que anuncian un fuego grande
las campanas! ¡Que no sé
donde las echan al aire,
y que debo averiguarlo
por si es mi casa la que arde!
- MANUEL. Pues á seguir el consejo.
- VALENTIN. Ese mismo es mi dictámen.
- MANUEL. Tú, Valentin... ¡mucho oido!
- VALENTIN. Y tú... ¡mucho ojo!
- MANUEL. Adelante. (Haciendo sonar el timbre.)
Y ante todo, le diremos
á Juana cuatro verdades.
- VALENTIN. ¡Engañarnos como á un chino!...
- MANUEL. No: como á dos, si te place.
- VALENTIN. ¡Vaya!—¡Y lo más triste es que
no nos ha engañado grátis!
- MANUEL. Deberia devolvernos
el dinero.
- VALENTIN. ¡Miserable!

ESCENA XI.

Dichos y JUANA.

- JUANA. ¿Han llamado ustedes? (Saliendo por la puerta del fondo derecha.)
- VALENTIN. Si.
- MANUEL. Di; ¿qué mira te has llevado
en habernos engañado
á don Valentin y á mí?
- JUANA. ¡Ah! No condenen mi accion.
- VALENTIN. ¡Muy digna de premio ha sido!
- JUANA. Cierto que les he mentido;
mas fué con buena intencion.
- MANUEL. Dalo, por supuesto, dalo.

- VALENTIN. Pudo el fin tuyo ser recto...
- MANUEL. Pero lo que es el efecto
no ha podido ser más malo.
- JUANA. ¡Perdon!...
- MANUEL. ¡No hay perdon!
- VALENTIN. ¡No tal!
- JUANA. Pues... ¿saben lo que les digo?
Que, si se enfadan conmigo,
para ustedes será el mal.
- MANUEL. ¡Qué estas diciendo!
- VALENTIN. ¿De modo,
que aun te atreves?...
- JUANA. (Con mucho misterio.) ¡Es que ahora
puedo ser... su vengadora,
pues tengo el hilo de todo!
- MANUEL. No dudo que lo tendrás.
Mas, ¿quién se fia de tí?
- VALENTIN. Claro: ¿quién?...
- MANUEL. Lo que es á mi
no has de engañarme tú más.
- VALENTIN. Ni á las señoras por nada
traición ibas á hacer.
- JUANA. ¿Qué?
Pero, ¿no conoce usted,
señor, que estoy despechada?
—Don Eduardo á requebrarme
á mí tambien se ha atrevido.
¿Comprende usted?
- MANUEL. Comprendido.
- JUANA. ¡Rabiando estoy por vengarme!
- VALENTIN. La situacion en que estás
disipa nuestro recelo.
- MANUEL. Cumplido has de ver tu anhelo.
- VALENTIN. Si: vengada quedarás.
- MANUEL. Del delito necesito
una prueba.
- VALENTIN. Y yo otra quiero.
- JUANA. Con ella darles espero...
¡hasta el cuerpo del delito!
Pero tengo una exigencia.
- VALENTIN. Dila.
- MANUEL. Sin miedo.
- JUANA. Es prudente:
que me guarden solamente
una absoluta obediencia.
- MANUEL. De mí desde ahora dispon

- VALENTIN. De ambos puedes disponer.
 JUANA. Pues... ordeno y mando.
 VALENTIN. A ver...
 JUANA. Los dos á su habitacion.
 MANUEL. Quedará tu orden cumplida.
 VALENTIN. Bien: ¿y qué hacemos allí? (Con extrañeza y en voz muy alta.)
 JUANA. Más bajo: esperarme á mí.
 MANUEL. Luego tú... ¿irás? (En voz muy baja.)
 JUANA. En seguida.
 MANUEL. El mandato cumplo ciego.
 VALENTIN. Y yo tambien sin chistar.
 MANUEL. (¡Qué buen palo voy á dar!)
 VALENTIN. (¡Sabré, al fin, dónde es el fuego!) (Vanse Manuel y Valentin por el fondo derecha.)

ESCENA XII.

JUANA, despues TOMASA y CÁRMEN.

- JUANA. Conviene que no les vea nadie.—Muy bien. (Desde el fondo y como si hablara con Manuel y Valentin.)
 CÁRMEN. ¿Ya se fueron? (Saliendo con Tomasa por la puerta de la izquierda.)
 JUANA. En este instante; mas yo les he dicho...
 TOMASA. Lo sabemos, gracias á la puerta aquella. (La de la izquierda.)
 CÁRMEN. ¿Y Eduardo?
 JUANA. Preso le tengo.
 CÁRMEN. Pues le traes, y despues...
 JUANA. ¿Voy con el soplo corriendo?
 TOMASA. Sin correr, que nos conviene ganar un poco de tiempo: tres minutos nada más para ponernos de acuerdo...
 CÁRMEN. ¡Ahora sí que esos señores nos van á dar un tremendo susto!
 TOMASA. Sí; no ha de ser flojo. Para evitar sus efectos, no fuera malo que Juana

- nos advirtiera...
- JUANA. Comprendo:
anunciaré á los señores
destrozando lo primero
que tenga á la mano: un plato,
una copa, por ejemplo.
- CÁRMEN. Procura que la señal
no sea de mucho precio.
(Vase Juana por el fondo izquierda.)

ESCENA XIII.

TOMASA y CÁRMEN.

- CÁRMEN. Es capaz de entusiasmarse
y, con el mejor deseo,
hacer trizas un jarrón.
- TOMASA. Dios pondrá en sus manos tiento.
- CÁRMEN. Y, si no, ¿qué hemos de hacerle?
Ahora conviene el estrépito...
- TOMASA. Es, Cármén, indispensable,
y que llena dos objetos:
pues será aviso oportuno,
que nos sirva de gobierno,
y voz terrible de alarma
que á Eduardo ponga en aprieto.

ESCENA XIV.

Dichas y EDUARDO.

- EDUARDO. Ya estoy aquí. (Apareciendo, receloso, sin ver á Tomasa,
por el fondo izquierda.)
- CÁRMEN. Pase usted.
¿No le habrán visto?
- EDUARDO. No creo...
¿Pero hay peligro inminente?... (Dirigiéndose á Cármén
después de dejar el sombrero en alguna de las sillas
del fondo.)
- TOMASA. ¡Inminentísimo!

- EDUARDO. ¡Cielos! (Confundido á la vez que por la significacion de la palabra por la presencia de Tomasa.)
¿No es Tomasita?...
- TOMASA. La misma.
Pero usted, por lo que observo,
encontrarme no esperaba
con mi amiga.
- EDUARDO. No por cierto;
yo pensé...
- TOMASA. En su conveniencia.
- EDUARDO. No, no tal; mas, ¿qué es aquello
que tenia que decirme?
- CÁRMEN. Para no perder el tiempo
se lo dirá á usted... Tomasa.
- EDUARDO. ¿Tomasa?
- CÁRMEN. Es lo más derecho.
Si yo, por encargo suyo,
he escrito á usted.
- EDUARDO. No lo entiendo.
- TOMASA. Y no se trata tampoco
de mí.
- EDUARDO. Pues ¿de quién?
- TOMASA. ¡Cuán presto
olvidó usted á la mujer
á quien juró amor eterno!
- EDUARDO. Sólo existe una que pueda
invocar ese derecho,
y me ha despreciado.
- TOMASA. Es falso,
y á demostrárselo vengo.
- EDUARDO. ¿Se refiere usted?...
- CÁRMEN. A Susana.
- TOMASA. A mi sobrina.
- EDUARDO. ¡Ay! ¿Qué es esto?
¿Usted, Tomasa, es la tia
de Susana?—No lo creo.
- TOMASA. Muchas gracias.
- CÁRMEN. ¡Pues me gusta!
- EDUARDO. ¡Tan jóven y tan!...
- TOMASA. Pero eso,
¿qué tiene que ver?...
- EDUARDO. Si yo
una señora de pueblo
la imaginé, entrada en años...
como acostumbran á serlo
todas las tias del mundo.

- TOMASA. ¿Qué quiere usted?
- EDUARDO. Lo que quiero es que me haga su sobrino, aunque sé no lo merezco; pero le juro... (Arrodillándose.)
- TOMASA. ¡Alce usted! (Demostrando gran apuro.)
- CÁRMEN. ¿No comprende usted aún el riesgo que corre?
- TOMASA. Usted ha despertado, señor mío, los recelos de Manuel y Valentin: los dos están en acecho y, si le ven, son capaces de hacer algun atropello.
- EDUARDO. Si vienen, se les explica...
- TOMASA. ¿Explicar? No darán tiempo.
- EDUARDO. ¡Demonio! Entonces escapó... (Alarmado.)
- ¿Y no olvide usted que anhelo ser su sobrino! (Suenan las tres.)
- TOMASA. Las tres. (Gran estrépito de vajilla que se rompe.)
- CÁRMEN. ¡Santa Bárbara!
- TOMASA. ¡Son ellos! (Muy apurada.)
- EDUARDO. ¿Y qué hacer?
- CÁRMEN. No se me alcanza.
- TOMASA. (¡Qué apuro!)
- EDUARDO. ¿Dónde me meto?
- Aquí, en el balcon. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
- TOMASA. ¡Ay! No. Queda usted ahí muy expuesto si Valentin le descubre.
- EDUARDO. ¡Segundo con entresueño!! (Retirándose horrorizado.) Allí podría ocultarme. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
- CÁRMEN. ¿Nuestro dormitorio? ¡Méenos!
- EDUARDO. Pues ¿en dónde?
- CÁRMEN. En este armario. (Abriendo el de espejo que habrá en el fondo y tendrá algunos vestidos colgados á lo largo.)
- EDUARDO. ¡Gracias!—¡Salvémonos! ¡Que quiero ser su sobrino si salgo bien de este aprieto! (A Tomasa y metiéndose apresuradamente en el armario.) (Basta de hacer el Tenorio.)
- TOMASA. ¡Que vienen!

- EDUARDO. ¡Ay! (Figurando darse un golpe al erguirse dentro del armario, que cierra Tomasa.)
- CÁRMEN. ¡El sombrero que Eduardo deja olvidado! (Por el que éste puso encima de una silla al salir.)
¿Dónde esconderle? (Con el sombrero en la mano.)
- TOMASA. Aquí, en medio. (Tomando el sombrero y dejándole encima del velador que estará en el centro.)

ESCENA XV.

Dichas, MANUEL, VALENTIN y JUANA.

- TOMASA. Hay que jugar con limpieza.
- VALENTIN. ¿Se puede pasar? (Saliedo, despues de haber abierto MANUEL. }bruscamente la puerta del fondo.)
- CÁRMEN. Si ya han pasado, claro está.
- TOMASA. ¡Pues me gusta la franqueza!
- MANUEL. Pero ¿dónde está metido Eduardo, que no le veo? (Aparte á Valentín.)
- VALENTIN. ¿Dónde está ese trasto? (A Juana.)
- JUANA. (A Valentín.) Creo que debe estar escondido.
- VALENTIN. Dice Juana, y con razon, que escondido debe estar. (A Manuel.)
- MANUEL. Pues vamos á registrar hasta el último rincon. (A Valentín.)
—Seguiremos la tarea, si estas señoras... (Como pidiendo permiso á Cármén y Tomasa para continuar alguna ocupacion.)
- TOMASA. ¿Qué pasa?
- MANUEL. Que este quiere ver la casa. (Por Valentín.)
- TOMASA. ¡Qué capricho!
- CÁRMEN. ¡Que la vea! (Tomando el sombrero que Tomasa dejó encima del velador y llamando ambas sobre él, y con discrecion, la atencion de Manuel y Valentín.)
- MANUEL. ¿Ves esto? Es un mirador. (Indicando á Valentín el balcon.)
- VALENTIN. ¿Un mirador?
- MANUEL. Sí.
- VALENTIN. ¿Qué escucho!
¡Ha de verse entonces mucho!

- CÁRMEN. Mucho, sí.
 VALENTIN. (Pues no señor.) (Retirándose convencido de que no está Eduardo en el balcon.)
 ¡Escamoteo asombroso! (Aparte á Manuel.)
 MANUEL. ¡Pero inútil! (Aparte á Valentín.)
 VALENTIN. Ya se ve.
 CÁRMEN. ¿Qué tal va encontrando usted nuestro cuarto? (Pasando la mano por el sombrero, como para alisarle.)
 VALENTIN. Muy precioso.
 JUANA. Que está aquí ese caballero. (Aparte á Valentín.)
 VALENTIN. ¿Pero dónde, dónde está? (Aparte á Juana.)
 CÁRMEN. Sigán viendo.
 TOMASA. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
 MANUEL. Oye; ¿has traído sombrero? (A Valentín, después de haberse fijado en el sombrero que estará encima del velador.)
 VALENTIN. ¿Yo? No.
 MANUEL. ¡Si cierto eso fuese!...
 VALENTIN. Que en tu cuarto le he dejado.
 CÁRMEN. ¡Vaya, por fin, se han fijado!... (Aparte á Tomasa.)
 VALENTIN. ¡Ah! ¿Tú lo dices por ese?... (Indicando el del velador.)
 MANUEL. ¡Por este! (Tomando el sombrero que se pone Valentín como para demostrar que no es el suyo y que le estará muy estrecho.)
 VALENTIN. ¡Qué desvario!
 TOMASA. ¡Prepárate! (Aparte á Carmen.)
 VALENTIN. Será el tuyo.
 MANUEL. ¿Qué ha de serlo! (Poniéndoselo también y demostrando que le está estrecho.)
 VALENTIN. ¿No es el tuyo?
 MANUEL. ¡Pues si no es tuyo, ni es mio!...
 MANUEL. ¡Me parece que no tardo en ver claro, compañero!
 —¿De quién es este sombrero? (Con él en la mano.)
 TOMASA. { Ese?... (Con temor aparente.)
 CÁRMEN. {
 VALENTIN. Sí.
 JUANA. De don Eduardo.
 CÁRMEN. ¡Ah! (Fingiendo profunda pena.)
 TOMASA. ¡Qué has dicho! (A Juana simulando conflicto enorme.)
 MANUEL. ¡En el garlito
 las tenemos ya cogidas!
 VALENTIN. ¡Hélas ahí confundidas
 ante el cuerpo del delito! (Por el sombrero.)
 MANUEL. ¿Y quién es la esposa infiel!...

- JUANA. (¡Ahora se va á armar la gorda!)
- VALENTIN. Hable usted. (A Tomasa bruscamente.)
- TOMASA. ¡Que no estoy sorda!
- CÁRMEN. Yo hablaré: ¡perdon, Manuel! (Como declarándose culpable y despues de breves instantes de lucha.)
- VALENTIN. ¡Ten calma! (Conteniendo á Manuel.)
- MANUEL. ¡Qué estoy oyendo!
- CÁRMEN. ¿Conque eres tú la culpable?
- MANUEL. ¡Oh! Yo no soy responsable de lo que está sucediendo.
- CÁRMEN. Inútil es la disculpa.
- MANUEL. El que comete el pecado...
- CÁRMEN. Aunque hubiera yo faltado, (Con entereza.)
tú tendrías, tú, la culpa.
Tú, sí, que en los actos buenos,
como en los malos, lo mismo,
crees que entra el egoismo
é influyen el más y el ménos.
Tú, ignorante de la estética,
que piensas no es otra cosa
el corazon de una esposa
que un tratado de aritmética.
Tú, que tu dicha, tu honor,
con nécia solicitud,
fiaste... no á mi virtud,
sino á tu propio valor.
Pero es que yo...
- MANUEL. Un Potosí,
- CÁRMEN. lo que tú quieras valdrás;
pero hombres, que valgan más,
los hay en el mundo... así. (Significando muchos.)
Y si se niega la idea
de la virtud y el deber,
la mente de la mujer,
cuando no existen... ¡los crea!
- MANUEL. ¡Qué es lo que escucho!... ¿A que llevo
yo el palo que quise dar? (Confundido.)
- CÁRMEN. ¡Yo nunca podré olvidar
lo que te debo y me debo! (Con dignidad.)
- MANUEL. ¿Pero Eduardo no está aquí?
- TOMASA. Eso nada significa
para usted.
- MANUEL. ¿Cómo se explica?...
- TOMASA. Eduardo vino... ¡por mi!
- VALENTIN. ¿Cómo? (Asombrado.)
- TOMASA. Sí tal.

- MANUEL. Tú no creas... (Calmando á Valentia.)
 VALENTIN. ¿Dónde está?
 TOMASA. Te lo diré:
 Está oculto.
 VALENTIN. ¿Para qué?
 TOMASA. Para que tú no le veas.
 VALENTIN. La razon.
 TOMASA. Cosa sencilla:
 por no exponerse, hecho un tonto,
 á que al verle tú, en un pronto,
 le rompas una costilla.
 VALENTIN. ¡Vas á sacarme de tino!
 ¿Luego el infame me ofende?...
 TOMASA. Ya ves, ¡como que pretende
 ser, Valentín... tu sobrino!
 VALENTIN. Pero ¿qué tracamundana
 es esta? Saber aguardo...
 MANUEL. (Que habrá estado hablando con Cármen.)
 Pues nada, chico; que Eduardo
 es el novio de Susana;
 que hemos tocado el violon
 de una manera espantosa,
 y que tu esposa y mi esposa
 nos han dado una leccion.
 VALENTIN. ¿Luego todo fué un ardid?...
 TOMASA. Que triple efecto ha surtido
 y el único objeto ha sido
 de nuestro viaje á Madrid.
 MANUEL. ¡Y este, suspicaz, pensó!... (Por Valentín, y como
 reconviniéndole.)
 VALENTIN. No cambies ahora el papel,
 porque tú andabas, Manuel,
 más escamado que yo.
 MANUEL. Fué porque tú...
 VALENTIN. ¡Buena es esa!
 —Juana fué la que armó el lío.
 CÁRMEN. Por encargo mio.
 TOMASA. Y mio.
 JUANA. Si el engaño á ustedes pesa...
 VALENTIN. Eso no: ¿mas en prisiones
 hasta cuándo Eduardo vive?
 TOMASA. Eduardo aquí no se exhibe
 hasta que tú le perdones.
 VALENTIN. Por mí perdonado está.
 MANUEL. Más que eso tienes que hacer.
 VALENTIN. ¡Eso no! ¡No puede ser!

- Susana se casará...
 TOMASA. Con Eduardo.
 VALENTIN. No.
 TOMASA. De fijo:
 porque ella á Eduardo prefiere,
 porque el muchacho la quiere,
 y porque... ¡yo te lo exijo,
 y hasta que cedas no callo! (Con mucha entereza y en
 son de amenaza.)
 VALENTIN. Pues... ¡calla!
 TOMASA. ¿Ves qué bondad? (A Cármen por
 Valentin.)
 CÁRMEN. ¿Cedió?
 VALENTIN. ¿Qué hacer? (Resignado.)
 MANUEL. Es verdad.
 TOMASA. En alzándole yo el gallo,
 ya no tiene voluntad.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y EDUARDO.

- CÁRMEN. Salga usted. (A Eduardo, abriendo el armario.)
 TOMASA. Salga.
 EDUARDO. ¿Se puede? (Asomando por el ar-
 mario con temor y marcado asombro de Manuel y Va-
 lentin.)
 TOMASA. No tenga ningun temor,
 que Valentin vió su error
 y á sus deseos accede.
 EDUARDO. Permita usted que me atreva... (Aproximándose á
 Valentin.)
 TOMASA. ¡El pobre se ha hecho un chichon!...
 VALENTIN. Bien merece el coscorron
 por el bollo que se lleva.
 EDUARDO. ¡Feliz yo si lo consigo!
 VALENTIN. Por mí no lo lograría;
 mas ¡con tal de que su tía (Por Tomasa.)
 no esté enojada conmigo!...
 MANUEL. ¿Por qué ha de estarlo?
 TOMASA. En conciencia,
 y en familia lo diré,
 merecía, como usted, (Por Manuel.)
 una buena penitencia;

más le doy mi ab olucion
y... ¡hasta olvido los agravios! (Abrazando á Va-
lentin.)

Sí, que, aunque tienes resabios,
te embellece un corazon
de los más francos y puros:
un corazon que se escapa,
¡hermoso, grande!...

VALENTIN. Sin tapa,
como un reloj de tres duros.

TOMASA. Ahora, á ver si es provechosa
la leccion. (A Manuel y Valentin.)

MANUEL. Por lo que valga,
cambiaré...

CÁRMEN. Siempre que salga
yo en el cambio gananciosa...

MANUEL. Yo haré que mi esposa quede
connmigo siempre ganando.

VALENTIN. Y á su puerta preguntando (A Manuel,
seguirás aún:—¿Se puede?...)

MANUEL. En cuanto á eso, te diré:
como amante y caballero,
haré la pregunta, pero...
al mismo tiempo entraré.

FIN DE LA COMEDIA.








TEATRO



3

COMEDIAS

EN TRES ACTOS



7518